

TEMOR DE HOMBRE

Carlos Díaz

MALAS HIERBAS PARA ABRIR BOCA

Cuanto más uniformismo o monismo cerebrocéntrico en las neurociencias, mayores son las ansias de diferencia individuales en los alegres trenecitos arrastrados por una misma locomotora lúdica, como el colectivo LGTBHIJKLMN xxdobleee..., junt@s pero no revuelt@s, cada un@ en su vagoncillo, las lesbianas con las lesbianas, los gays con los gays, y así sucesivamente, como el archipiélago en que se hallaba la isla de Lesbos, separados todos y todas por aquello que les unía, hasta el punto de reproducir esmeradamente la medieval angelología tomista según la cual cada ángel agotaba su especie o, más campechanamente, rompía su molde. ¿Qué hubieran dicho hoy Sócrates (con su amante Alcibiades) y Platón, declaradamente homosexuales, los cuales, por su condición de griegos, no tuvieron que salir de sus armarios en una sociedad permisiva, aunque al primero de ellos se le terminó acusando de corromper a menores?¹ Sócrates

¹ En realidad, la condena fue por dos motivos, que tenían mucho que ver entre sí. Por el primero dicta el jurado el siguiente veredicto (o *falsodicto*): “Sócrates comete delito y se mete en lo que no debe al investigar las cosas subterráneas y celestes, al hacerse más fuerte el argumento más débil, y al enseñar estas mismas cosas a otros” (Platón: *Apología de Sócrates*, 19b). Por el segundo “Sócrates delinque corrompiendo a los jóvenes y no creyendo en los dioses en los que la ciudad cree, sino en otras divinidades nuevas” (*Apología de Sócrates*, 24b). Sin embargo, convencido Sócrates de su inocencia, y no aceptando en consecuencia retractarse de las acusaciones contra él formuladas, reta así a los jueces: “No hay cosa que me convenga más, atenienses, que el ser alimentado en el Pritaneo con más razón que si alguno de vosotros hubiera alcanzado en las Olimpiadas la victoria en las carreras de caballos, de bigas o de cuadrigas. Así pues, si es preciso que os proponga lo merecido con arreglo a lo justo, propongo esto: mi manutención en el Pritaneo” (*Apología de Sócrates*, 36b). Dicho lo cual finalmente habló así sobre la muerte: “La muerte es una de estas dos cosas: o bien el que está muerto no es nada ni tiene sensación de nada, o bien, según se dice, la muerte es precisamente una transformación, un cambio de morada hacia otro lugar... ¿Cuánto daría alguno de vosotros por estar junto a Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Yo estoy dispuesto a morir muchas veces, si esto es verdad, y sería un entretenimiento maravilloso... Y, lo más importante, pasar el tiempo examinando e investigando a los de allí, como ahora a los de aquí, para ver quién de ellos es sabio y quién cree serlo y no lo es... Dialogar allí con ellos, estar en su compañía y examinarlos, sería el colmo de la felicidad. En todo caso los de allí no condenan a muerte por esto. Por otras razones son los de allí más felices que los de aquí, especialmente porque ya el resto del tiempo son inmortales, si es verdad lo que se dice. Es preciso que también vosotros, jueces, estéis llenos de esperanza respecto a la muerte y tengáis en el ánimo esta sola verdad: que no existe mal alguno para el hombre bueno ni cuando vive, ni después de muerto, y que los dioses no se desentienden de sus dificultades. Tampoco lo que ahora me ha sucedido ha sido por casualidad, sino que tengo la evidencia de que ya era para mí mejor morir y

se presentaba como tábano agitador, es decir, como mosca cojonera y, tal vez para escapar de la quema, Platón hubo de disfrazar sus preferencias sexuales sacándose de la manga mitos tan prefreudianos como el del *andrógino*², que a modo de caracol llevaba todo consigo (*omnia mecum porto*) sin necesidad de estar siempre con los cuernos al sol, o al menos sin tener que echar los pechitos al aire en los jocundos días del orgullo gay, arcoiridiscencia que sin embargo hubieran ridiculizado hasta los más liberales griegos como Aristófanes en su crítica a las cachas locas de las *fainomerides* o *enseñanalgas*. Por lo demás, y al mismo tiempo que lleva sus políticas anti-natalicias más lejos que nadie, es España al mismo tiempo el país de Europa que más donaciones de óvulos y de esperma registra, “más una veintena de países lo han prohibido y España es el país europeo que más donaciones de óvulos registra y donde nacen más niños mediante estas técnicas”³. Verdaderamente somos unos animales fantásticos.

Esto que acabo de escribir en este momento se me ha cruzado mientras preparaba un largo escrito sobre neurociencia, y no es sino uno de

liberarme de trabajos. Por esta razón en ningún momento la señal divina me ha detenido, y por eso no me irrito mucho con quienes me han condenado ni con los acusadores” (*Apología de Sócrates*, 40c-41d).

² Esta fantasía la pone por si acaso Platón en boca del cáustico Aristófanes: “Primeramente eran tres los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había, además, un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque él mismo ha desaparecido. El *andrógino* era entonces una sola realidad en cuanto a forma y nombre, que participaba de uno y de otro, de lo masculino y de lo femenino, pero que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia... Eran tres los sexos, lo masculino era originariamente descendiente del sol, lo femenino de la tierra, y lo que participaba de ambos de la luna... Por tanto, cada uno de nosotros es un símbolo de hombre, al haber quedado seccionado en dos de uno solo. Por esta razón precisamente cada uno está buscando siempre su propio símbolo. En consecuencia, cuantos hombres son sección de aquel ser de sexo común que entonces se llamaba andrógino son aficionados a las mujeres, y pertenece también a este género la mayoría de los adúlteros, y proceden también de él cuantas mujeres a su vez son aficionadas a los hombres y adúlteras. Pero cuantas mujeres son sección de mujer no prestan mucha atención a los hombres, sino que están más inclinadas a las mujeres, y de este género proceden también las lesbianas. Cuantos, por el contrario, son sección de varón, persiguen a los varones y, mientras son jóvenes, al ser rodajas de varón, aman a los hombres y se alegran de acostarse y abrazarse; éstos son los mejores de entre los jóvenes y adolescentes, ya que son los más viriles por naturaleza. Algunos dicen que son unos desvergonzados, pero se equivocan. Pues no hacen esto por desvergüenza, sino por audacia, hombría y masculinidad, abrazando lo que es similar a ellos. Y una gran prueba de esto es que, llegados al término de su formación, los de tal naturaleza son los únicos que resultan valientes en los asuntos políticos. Y cuando son ya unos hombres aman a los mancebos y no prestan atención por inclinación natural a los casamientos ni a la procreación, sino que son obligados por la ley, pues les basta con vivir solteros todo el tiempo en mutua compañía...” (*Banquete*, 189e-93d).

³ *El País*, 13 de julio de 2019.

mis cada vez más frecuentes ramalazos de rapsódica locura (inspiración, podría decirse más benignamente) que a mi vejez me persigue con una frecuencia viral antes inusitada. Me asaltan cada día más estos raptos tan helénicos, aunque estoy seguro de que textos como el suprascrito serán leídos incluso con asco por parte de quienes han sufrido todo tipo de bestialidades por el mero hecho de ser diferentes. Y lo siento mucho. Lo siento tanto más porque incluso los más pretendidamente liberales de hoy (¡qué fácil resulta “liberalizar” el pensamiento cuando el imaginario social lo ha impuesto como ideología tiránica!) son incapaces de humor lingüístico, quizá porque en lugar de hablar berrean como la *manada* a la que dicen oponerse encarnizadamente.

Y me duele también en el alma porque soy anarquista, no liberal ni siquiera libertario, anarquista, es decir, convicto y confeso de que la anarquía es la más alta expresión del orden, el cual no se adueña de la calle para dejarla llena de basura tras la manifestación de los cabestros, y no sólo del orden, sino también de la ternura, del cuidado recíproco, de la solicitud educada que no cambia de cama ni baja a los oscuros infiernos de los urinarios buscando a cada rato calentar motores, sino que es fiel, auténtica, capaz de envejecer juntos pagando impuestos y no prevaleciéndose de ontologías recicladas de sexo para encaramarse a lo alto de la cucaña.

¿La ternura de la mujer en las instituciones? ¿Es que las novísimas generalas van a poner claveles en las bocas humeantes de los fusiles, es que puede haber ternura en los ejércitos a los que acceden para hacer la guerra, esa guerra que -islámica sin remedio, aunque sea pagana- siempre es *yihad*, sumisión voluntaria a la brutalidad bélica dictada por no se sabe qué *Allah*, o qué clase de *Allheit* totalitaria en nombre de la paz, del shalom? ¿Ternura femenina en el poder? *Risum teneatis, amice*, no me hagas reír que se me parte el labio. ¡Qué avance para la humanidad el de los ejércitos antes sólo machos y ahora también hembras, todo el Arca de Noé al ejército, y el feminismo tan contento!

No sé, pero la sabiduría anárquica se distancia a pasos agigantados de la filosofía clásica en un mundo en el cual un topicazo sigue a otro, así que, San Confucio, ruega por nosotros: “El sabio no posee un yo propio, hace del yo ajeno el suyo. Con el bueno obra bien, con el malo obra bien, y así alcanza el bien; con el justo es justo, también lo es con el injusto, y así alcanza la sabiduría”. Para eso tiene que saber quedarse solo, desconectar del bullicio, como dicen quienes tuvieron la dicha de conocerle que hacía Sócrates de vez en cuando. Agatón pregunta dónde está Sócrates y se le responde que venía detrás, pero que no se sabe dónde está. Entonces Agatón manda buscarle y se le responde: “Sócrates se ha alejado y se ha quedado plantado en el portal de los vecinos. Aunque le estoy llamando no quiere entrar”. Ante la insistencia de Agatón interviene Aristodemo: “Dejadle quieto, pues ésta es una de sus costumbres. A veces se aparta y se

queda plantado dondequiera que se encuentre. Vendrá en seguida, supongo. No le molestéis y dejadle tranquilo”. Cuando hubo llegado Sócrates, se sentó y dijo: “Estaría bien, Agatón, que la sabiduría fuera una cosa de tal naturaleza que, al ponernos en contacto unos con otros, fluyera de lo más lleno a lo más vacío de nosotros, como fluye el agua en las copas a través de un hilo de lana de la más llena a la más vacía”⁴. Y dicho esto añadió el maestro: “Pienso, por tanto, que cada uno de nosotros debe decir un discurso, de izquierda a derecha, lo más hermoso que pueda como elogio de Eros y que empiece primero Fedro, ya que también está situado el primero”⁵.

Para eso se tiene también que desaprender muchas malas cosas y así, en tranquila coeundia, volver a pasear lentamente y sin teléfono móvil, no en vano en la *Carta VII* escribió Platón que la filosofía (las excelsas doctrinas) sólo puede alcanzarse mediante las conversaciones y la amabilidad de la vida en común. Por su parte la escritura se consideraba más como una ayuda de la palabra hablada que como un sustituto de ésta, razón por la cual Platón quiere que su filosofía se difunda al universo, entonces y en el futuro, y así la escribe para que perdure eternamente. ¿Cómo decirle estas cosas a la persona que, ayer nomás, colega, no cesó de hablar desde Madrid hasta Burgos “porque el teléfono es mío?”, ¿hubiera podido entender la tal al maestro Platón cuando éste le hubiera dicho que ellos, los griegos, llamaban al mundo *kósmos*, organización y disposición ordenada según leyes y por tanto bella, conforme a su raíz *kosmeîn*, que significa “ordenar, preparar, adornar”? Pues hay que decírselo con la esperanza de los desesperanzados, toda vez que “cuando lo que tiene impulso creador se vuelve propicio acerca a lo bello y se derrama contento, procrea y engendra; pero cuando se acerca a lo feo, ceñudo y afligido se contrae en sí mismo, se aparta, se encoge y no engendra, sino que retiene el fruto de su fecundidad y lo retiene penosamente. De ahí precisamente que, al que está fecundado y ya abultado, le sobrevenga el fuerte arrebató por lo bello, porque libera al que lo posee de los grandes dolores del parto”⁶.

Pero si es indigno la indigna algarabía del *recojoniam* que a algunos al menos nos resulta no sólo frívolo sino, sobre todo, y lo que es mucho peor, hipócritamente repugnante, la otra cara del mismo culo nos la ofrece la neurociencia que campea invicta según la cual lo mejor del hombre es su deshumanización debidamente sustituida por un posthumanismo mecánico, como mostraremos a renglón seguido.

Pierna mala que se acompasa con pierna peor produce temor y temblor, valga el pareado. Temor de humanidad. Me tiemblan todas las

⁴ *Banquete* 175a-175d.

⁵ *Banquete* 177d.

⁶ *Banquete* 206d.

piernas de la humanidad en las mías, pero este temblor no es de pánico y por tanto no me incita a la huida, sino al afrontamiento: que me tiemblen, pero allí donde me tengan que temblar. No correremos a los refugios atómicos con piernas que lleva el diablo, piernas ortopédicas de silicio de más larga duración. A pie enjuto, con voz que clama en el desierto, este libro es una invitación contra la desesperación en medio de la más grande adversidad.

He redactado estas páginas que siguen para tratar de responder a la delicada invitación formulada por el *XXIX Aula de Verano* (25 al 28 de julio de 2019) del Instituto Emmanuel Mounier para impartir en la misma dos conferencias, la primera titulada *La persona me da miedo, las personas no*. La segunda *Y después qué. ¿Hay alguien ahí?* He puesto toda mi potencia obediencial y mi ya demasiado abundante carne en el asador fajándome *ad hoc* durante los primeros días del tórrido julio en la clímicamente agradecida ciudad de Burgos. Ojalá haya merecido la pena.

I. LA PERSONA ME DA MIEDO. LAS PERSONAS NO. A VUELTAS CON LOS GENES

1.

El cientifismo de la sociobiología: “A las bacterias, gusanos, ratones, que nos han descubierto el secreto del amor del hombre”. Con tales palabras comienza el libro *best seller* de uno de los más conocidos divulgadores de la “ciencia” contemporánea⁷. Todo individuo hereda sus genes -fragmentos de la molécula de la herencia, el DNA- de sus padres, que los transmiten a cada descendiente. Los genes son estables y suelen transmitirse a los hijos en el mismo estado que se reciben de los padres, pero no siempre, porque de vez en cuando sufren mutaciones bajo el efecto de factores químicos o físicos; en este caso un individuo que recibe un gen mutado manifiesta un carácter nuevo. Y es aquí donde aparece el azar, porque esas mutaciones se producen por motivos puramente aleatorios. Mediante el mecanismo de la selección, en la naturaleza no hay más que azar ciego. La historia natural del mundo transcurre bajo el efecto de la necesidad, que hace que los hijos sean como los padres, y del azar que produce variaciones heredables. Así es la evolución. Sin embargo, hemos pasado del *somos genes* al *no somos más que genes*. En 1860 el obispo anglicano Samuel Wilberforce pregunta al biólogo darwiniano Thomas Huxley si prefería descender de un mono por parte de su abuela o de su abuelo, a lo que el interpelado responde: “Es peor descender de un obispo que de un mono”. En esto, quizá haya división de opiniones. Mediante el mecanismo de la selección, la naturaleza -por sus propias leyes inmanentes- produce continuamente nuevas formas sin plan previo ni propósito alguno, y sólo sobreviven los que tienen algo nuevo ventajoso sobre los demás. Y aunque esto parezca sugerir una impresión de propósito, la naturaleza sería como una persona que avanza por un bosque con los ojos vendados, cambiando constantemente de rumbo según tropieza contra los árboles: si al final llega a un destino, eso no significa necesariamente que hubiese pretendido llegar allí. *No hay más que azar, y el azar es ciego*⁸.

⁷ Punset, E: *Cara a cara con la vida, la mente y el universo*. Ed. Destino, Barcelona, 2006.

⁸ Cfr. Monod, J: *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*. Ed. Barral, Barcelona, 1971. Pero ¿por qué no interpretar esta forma de azar como un plan de Dios, al que podríamos denominar *azar impuro*? Evolucionistas como

Pero la “ciencia” actual ha pasado del *somos genes* al *no somos más que genes*, todo está en *los genes*. Mirosław Radmann, profesor de Biología Celular en la Universidad de París, predica el imperio del *gen* (¡y de su derivada la *genÉtica!*), nuestra *gen/ealogía* determinante a través del azar. Richard Dawkins, conocido por su divulgación de las ideas darwinianas en libros como *El relojero ciego* o *El gen egoísta*, afirma que los genes son un manual de supervivencia y el libro genético de los muertos: “No existe diseño alguno, ni en la Tierra ni en el Universo”. Lo mismo piensa el otro divulgador de Darwin, Edward O. Wilson, también maltusiano, que extrapola la vida de los hormigueros a los comportamientos humanos. *No somos un superorganismo*, dice, “nos parece una metáfora hablar de *sujeto ético*, pues no existen ni el sujeto ético individual, ni el social”. Formamos

Teilhard de Chardin o John Eccles lo plantearon así: la materia acabará siempre reflexionando sobre sí misma, al menos a través de nosotros. Que no exista una teleología predeterminada no impide que no pueda darse una finalidad en búsqueda. Stephen Hawking, a la pregunta de un entrevistador de la BBC “muchas gente cree que usted ha eliminado efectivamente a Dios”, responde: “Lo que mi obra ha mostrado es que no hay que decir que el modo en que empezó el universo fue el capricho personal de Dios. Pero aún queda la cuestión: ¿por qué se molesta en existir el universo? Si usted quiere, puede definir a Dios como la respuesta a esta pregunta” (Fernández-Rañada, A: *Los científicos y Dios*. Ed. Nobel, Asturias, 2002, p. 182). Lo cual vendría a ratificar el teorema de Kurt Gödel, a saber, que ningún sistema formal de axiomas y reglas puede refutarse desde dentro del sistema, algo que ya había mostrado antes la *paradoja del mentiroso*: la frase *te estoy diciendo la verdad, te miento* ni es verdadera ni falsa, pues de ninguna ciencia puede asegurarse que no llegará a contradecirse a sí misma, de ahí que su validez descansa en un acto inobjetivo de fe. El electrón a veces se presenta como un corpúsculo puntual, pero en otras ocasiones como una onda extendida en el espacio, similar a las producidas por el golpeo de una piedra en el agua: parece absurdo que la misma cosa sea a la vez corpúsculo localizado y onda extendida. Para resolver esta paradoja, Niels Bohr propuso un nuevo principio lógico, el *principio de complementariedad*, según el cual hay que admitir la coincidencia de propiedades contradictorias e incompatibles que son, sin embargo, necesarias a la vez para una descripción completa. El crecimiento inexorable de los errores ocurre cuando el comportamiento del sistema es complejo. La predicción del mejor meteorólogo con los más avanzados métodos, técnicas e instrumentos falla por no haber tenido en cuenta todo, pues un pequeñísimo error se agranda sin cesar hasta hacer que todo el cálculo quede invalidado. Se conoce con el nombre de *efecto mariposa* el crecimiento incontrolable de los errores: el caos es ubicuo. “Dios selecciona, entre las leyes de la naturaleza posibles, las que fomentan pautas de comportamiento ricas e interesantes; los detalles de la evolución real quedan abiertos a los caprichos de los jugadores -entre los que están el azar y Dios mismo-. La elección divina del azar otorga a la naturaleza una apertura crucial para su impresionante creatividad” (Davies, P: *El universo accidental*. Ed. Salvat, Barcelona, 1989). Por su parte el *principio antrópico* débil del astrofísico de Cambridge Brandon Carter se mueve en esa línea: las condiciones que rigen el universo deben ser tales que puedan permitir la vida inteligente, pues de lo contrario no estaríamos para observar”. Si tal principio valiese, nuestra existencia, lejos de ser un mero accidente del mundo, sería condición necesaria para que sea tal como es.

parte de una especie de mamíferos que en el curso de los próximos mil años cambiará de medio y vivirá en el espacio. Alguien que naciera en la Luna o en otro planeta, con una gravedad varias veces inferior a la terrestre, dada su masa muscular y esquelética, sería inepto para caminar en la Tierra cuando regresase, sería como si pesara varias veces más, se sentiría como desplazado, no se podría mover. Un día irá la gente al espacio sabiendo que no regresará y, a medida que la especie humana se disemine por el espacio, se irá transformando. Seremos una especie nueva; puede que dentro de miles de años estemos muy lejos del origen, que es la Tierra, y regresar de esas distancias tan grandes sea absurdo”⁹.

2.

Para la genética no tiene sentido ni lo “bueno” ni lo “malo”, términos éticos anacrónicos contaminados metafísicamente. Se acabaron las diferencias éticas (no las genéticas) entre Hitler y Francisco de Asís, pero esto “no va a suponer una hecatombe para nuestras vidas; todos sabemos de sobra cómo nos comportamos y lo que rige nuestro comportamiento: en general nadie devolvemos bien por mal, porque sería como premiar al desalmado (salvo que queramos redimirle para nuestro propio narcisismo ético: nos parece una metáfora hablar de *sujeto ético*, pues no existen ni el individual, ni el social”¹⁰. *El “hombre” está en una prisión genética, en la que no tiene sentido hablar de responsabilidad, ni de libertad*. Esta tesis no establece diferencias entre ningún ser vivo, plantas, animales, y personas.

⁹ Punset, E: *Cara a cara con la vida, la mente y el universo. Conversaciones con los grandes científicos de nuestro tiempo*. Ed. Destino, Barcelona, 2006, p. 445. “Formamos parte de una especie de mamíferos que en el curso de los próximos mil años cambiará de medio y vivirá en el espacio. Existen precedentes de cambios radicales. El grupo de los tetrápodos en los peces eligió abandonar el mar y refugiarse en la tierra; peces como el celacanto o los pulmonados se convirtieron así en nuestros antepasados directos. Un grupo de dinosaurios -el *arqueopterix*- se puso a volar transformándose en los antecesores directos de las aves. Las gallinas son un subproducto evolutivo de los dinosaurios. Muchos otros mamíferos han hecho algo parecido” (*Ibi*, p. 437).

¹⁰ Castrodeza, C: *Nihilismo y supervivencia. Una expresión naturalista de lo inefable*. Ed. Trotta, Madrid, 2007, pp.163-165. La *sociobiología* de primera generación surge con Edward Osborne Wilson, mirmecólogo de Harvard que en 1975 publica *Sociobiología, la nueva síntesis* y con Richard Dawkins, etólogo oxoniense que publica en 1976 *El gen egoísta* y *Dios, una idea falsa*. En este último libro, ramplón, escrito contra el nuevo y no menos ramplón antidarwinismo norteamericano, *Dios una idea falsa*, debería denominarse “*La idea que de la idea de Dios se hace Dawkins es falsa*”. Otros son J Maynard Smith, que incorpora la teoría de los juegos al proceso adaptativo, Bill Hamilton, George R. Price, George C. Williams. En todos ellos hay continuas referencias a Nietzsche (voluntad de poder, más allá del bien y del mal), a Spinoza (vivir sin esperanza ni miedo), a Stirner (sociedad de egoístas), a Malthus (antinatalismo), a Freud (la razón está donde no está, o sea, en el subconsciente), a la economía liberal y a Darwin (selección natural).

Según Richard Lewontin, el evolucionista más respetado, si bien los genes cambian con la evolución, ellos mismos son capaces de cambiar el ambiente: “El medio no es un proceso autónomo, sino un reflejo de la biología de la especie”¹¹. Se trataría ahora de hallar los mecanismos genéticos de los comportamientos individuales y sociales de los animales, que son los mismos que los humanos. ¿Por qué cada hormiga individual es estúpida, pero funciona tan sabiamente en conjunto? Porque adopta pautas de conductas sencillas y escasas, pero comunes (*simple Creatures following simple Rules, each one acting on local Information*)¹², de tal manera que la sociedad de hormigas no necesita líderes: la hormiga *A* huele a la hormiga *B*, que ha encontrado comida, y la sigue. Del mismo modo actúan los inversores de bolsa, a saber, como un montón de idiotas adoptando posiciones inteligentes, comportamiento idiota que también sirve de base a la inteligencia artificial en la aplicación de robots autónomos multiuso¹³ y a los denominados *sistemas expertos*¹⁴. ¡Y de ese comportamiento deberíamos aprender los humanos!

¹¹ Castrodeza, C: *Op. cit.* p. 132.

¹² Miller, P: *Swarm Theory. Ants, Bees, and Birds teach us how to cope with a complex World*. National Geographic Magazine, July, 2007, vol. 212, nº 1, pp. 130 ss.

¹³ La cuestión comienza en 1950 cuando el matemático inglés Alan Turing lanza la idea no sólo de que las máquinas llegarán a pensar, sino además de que todos podremos llegar a pensar lo mismo si se nos introduce el programa adecuado. Una sola máquina universal podría ser el modelo ideal de todas las particulares. En sus versiones más radicales o fuertes, la *Inteligencia Artificial* pretende demostrar que un cerebro no es más que un ordenador complejo, e intenta construir una máquina capaz de razonar como una persona, o más aún, porque podría almacenar más datos y tramitarlos a mucha más velocidad. Antes lo defendió Descartes: los animales son máquinas, y todo pensamiento analítico. El pensamiento se podría separar de su base material y reproducirse fuera de ella, al no ser más que una sucesión de inferencias lógicas simples, no ligadas a ninguna materia particular, y de ese modo el pensamiento vendría a ser una estructura de la materia.

¹⁴ Según algunos, primer paso hacia la inteligencia artificial: un *sistema experto* es un programa de ordenador que intenta imitar e incluso superar a un experto en un sistema concreto de la actividad humana, por ejemplo, a un médico diagnosticando una enfermedad, o a un economista tomando una decisión. Ya no se trata de reproducir el pensamiento humano, sino simplemente la pericia de un profesional competente. Sin embargo, pese a su capacidad y rapidez, a un sistema experto le falta una de las propiedades más definidoras del ser humano: la libertad de elegir. No la tiene porque está diseñado para un fin específico, del que no puede salir, y porque consiste simplemente en la unión de dos subsistemas: un conjunto de datos, conocidos por base de conocimiento, y una serie de reglas que debe seguir para llevar a cabo sus objetivos, la llamada *máquina de inferencias*. Funciona relacionando esas dos estructuras previamente definidas: conocimientos y fines. No puede ni crear los primeros, ni escoger los segundos. Y esta limitación se mantiene en sistemas más complicados como una constante de la inteligencia artificial. Pese a tantas novelas y películas de ciencia ficción en las que los ordenadores se rebelan contra sus creadores y son capaces de fijar ellos mismos sus propias normas de conducta, parece imposible imaginar cómo puede

3.

En la línea adaptacionista de la selección natural abierta por Darwin defienden que los genes replicadores de tendencia más *autoprotectora-autopromotora* (*genes egoístas*) serán los que mejor sobrevivan automáticamente en detrimento de los peores adaptados; la selección natural canta victoria en los genes más egoístas, que además se consolidarían ayudando a otros *contenedores* que tengan copias de él, es decir, el mismo replicador repetido. ¿Y quiénes son esos contenedores? *La parentela*. Cuanto más cercano sea un pariente, más réplicas tiene del mismo replicador; *cuanto mayor sea el parentesco entre dos contenedores, más ayuda se prestarán entre sí* para facilitar tanto la reproducción como la supervivencia: “Los padres, más que sacrificarse por sus hijos, invierten en sus hijos sus propios genes”¹⁵. De todos modos, para sobrevivir “el individuo tiene que asociarse con alguien de distinto sexo, alguien que tendrá el mismo interés en proporcionar sus propios replicadores a costa de su *asociado*, por lo que en esa asociación *habrá tanto intereses comunes como conflicto de intereses*, de modo que lo emocional se transforma también aquí en económico”. Los *directivos* de la sociedad, las *jerarquías* genéticas más capaces, pondrán a los genes menos capaces a su servicio conforme al *pecking order* presente en todo el reino de la vida, mero entretejido de picotazos y contrapicotazos. Como corresponde a un sistema que es una apología de la “ley natural” darwiniana, los seres vivos, y en particular los humanos, no favorecen la supervivencia de sus congéneres picoteados, a no ser que éstos la favorezcan recíprocamente (egoísmo-altruismo recíproco). Para la *sociobiología no somos más que* propensiones biológicas genéticas con estrategias de supervivencia dictadas por la selección natural: los *replicadores* que, por selección natural, promocionan mejor a sus iguales son los que más se reproducen y mejor desbancan a los

surgir la libertad de un montón de circuitos. Y eso sin contar que ‘las reglas no contienen las reglas de su propia aplicación’, en frase del filósofo Ludwig Wittgenstein. El sentido común es un ejercicio de la libertad humana: al aplicarlo, el hombre se libera de la norma, interpreta la situación y decide por sí mismo en función de su análisis. Más aún, crea información adicional antes imprevista a partir de las circunstancias. Por tanto, si existe el libre albedrío, nunca podrá haber ordenadores plenamente inteligentes. El matemático inglés Roger Penrose publicó en 1989 el libro *La nueva mente del emperador* sobre el problema de la relación mente-cerebro contra la inteligencia artificial: los ordenadores trabajan con algoritmos (sucesión de operaciones elementales perfectamente ordenadas, de manera que, si se omite alguna de ellas o se altera el orden, el algoritmo no funciona), y la mente no (ella abarca el sentido común, la intuición, el humor y las analogías), siendo imposible que aquellos devengan inteligentes. Para obtener un mecanismo artificial capaz de pensar como un cerebro, habría que construir otro cerebro.

¹⁵ Castrodeza, C: *Op. cit*, p.154.

competidores en el aprovechamiento de los recursos. Un replicador se promocionará a sí mismo si el *interactuante* (el *contenedor-vehículo*), o individuo que lo transporta saca mayor partido de los recursos que los contenedores de replicadores alternativos. Se habla entonces de *eficacia biológica (fitness)*: “¿Qué razón puede haber para que un individuo ayude desinteresadamente a otro? Simplemente que éste, en realidad, se está ayudando a sí mismo”¹⁶. El *gen egoísta* sabe que quitar del medio al otro por las buenas o por las malas es más peligroso y no da tan buen resultado a la larga. Como en la *teoría de la justicia* de John Rawls (1921-2002), todo ser humano “sabe” que al nacer la posibilidad de que su situación en la vida sea “del montón” es la más alta, por lo que evolutiva o filogenéticamente se preocupará de que la situación del individuo del montón sea a la larga lo menos onerosa posible. Esto no impide que incluso el ser humano en buena situación se ponga en guardia, porque puede ocurrir lo peor: que nada ni nadie ayude y que todo conspire en orden a la destrucción¹⁷.

Según esto la persona, mera *biología*, *carece de sentido del bien y del mal y ni la teleología ni la verdad tendría sentido*: “De existir teleología o finalidad inmanente al mundo, el organismo no lo reconocería si no facilitase la supervivencia. El organismo, humano o no, lo que busca son recursos para su supervivencia, y *le da igual* obtener esos recursos en un mundo falso o verdadero. *La búsqueda de la verdad se centra en la obtención de recursos para la supervivencia (instinto de conservación) y la reproducción o procreación*”¹⁸. El otro individuo es un medio, no un fin en sí. Asegurar que un individuo ayuda a otro desinteresadamente tiene únicamente un sentido metafórico: “Las actuaciones solidarias gratuitas (donar sangre), los casos de heroísmo y similares, son aparentes y engañosos: el heroísmo suicida de alguien en favor de sus compatriotas estaría favoreciendo a los genes afines, en detrimento de los del enemigo”¹⁹. Los genes omnisapientes distinguirían entre genes patriotas y genes enemigos, como si los genes tuvieran patria, algo propio de las películas americanas de blancos-buenos-ganadores. Por lo demás, el protector altruista y el *egoprotector*, aunque buscasen fines idénticos -el sobrevivir-, tratarían de imponerse, de llegar antes que los demás, por las buenas o por las malas. Por las malas ya sabemos cómo se llega; por las buenas, *mediante el engaño* y la autopromoción publicitaria, todo ello con el decorado más agradable posible para quitar hierro a la situación de manera que la verdad, el bien y la belleza anidan bajo la tapadera de una

¹⁶ *Ibi*, p. 155.

¹⁷ *Ibi*, pp. 179-180.

¹⁸ *Ibi*, pp.131-132.

¹⁹ *Ibi*, p. 153.

caja de Pandora siempre abierta, una de cuyas reglas de juego es que nada parezca lo que es”²⁰.

Nos comportamos bien con los demás para conseguir su confianza y con la única intención de que así se comporten bien ellos con nosotros. Todos pretenden ser más de lo que son, aunque para ello a veces se humillen a fin de no atraer la atención de competidores que podrían desbancarles, una estrategia proléptica o anticipadora para disimular la propia vulnerabilidad: lo que él piensa de mí, lo que yo pienso de él..., y así hasta la sexta potencia, porque si fuésemos capaces de controlar hasta siete movimientos de antemano, tendríamos asegurado el jaque desde el inicio de la partida. Entonces ¿en qué casos les será rentable a mis replicadores genéticos que me lleve bien con mis semejantes? En el caso de que esa relación obtenga un beneficio mayor que si no me relacionara. Y lo mismo vale para los replicadores de mis semejantes: el replicador que mejor consiga engañar recibirá más recursos dando menos a cambio. Por añadidura, le va mejor al replicador que menos se deje engañar y más engañe; en el juego valen todas las trampas, siempre que no se detecten.

El modelo básico de estas situaciones se enmarca en el *dilema del prisionero*: la policía detiene a dos cómplices de un crimen, pero carece de pruebas. Los dos prisioneros son aislados. Se les propone que si ninguno de ellos confiesa la condena será de dos años para cada uno. Pero si uno confiesa y el otro no, al confesante se le reduce la pena un año, y al que no se le incrementa hasta diez. Y, si ambos confiesan, cinco a cada uno. Como ninguno está seguro de que el otro no confesará, ambos lo hacen. Al final, los replicadores que sobreviven son los que arriesgan menos y superan la prueba. Así las cosas, ¿por qué a los replicadores cuyos contenedores no tienen poder les compensa seguir en la brecha? Porque erróneamente creen que es cuestión de mala suerte, mientras que cuando les va bien es por méritos propios: nadie piensa que tiene replicadores de baja calidad, “los desheredados piensan que están donde tienen están porque sus semejantes no han jugado limpio, por lo que se creen legitimados para conseguir lo bueno por las malas. Incluso cuando es cuestión de mala suerte, la resignación está de más, y se me compensará: hoy he tenido yo mala suerte, ayúdame tú porque es el pacto tácito: mañana puedes tú tener la misma mala suerte”²¹.

Pero entonces ¿cómo podrían explicar el suicidio los sociobiólogos? Atrapados en contradicción consigo mismos, aseguran: “Cuando la pérdida de estatus llega a niveles intolerables, los replicadores destruyen a su propio contenedor antes de que perturben la existencia de sus iguales en otros contenedores, a los que estaría yendo mejor”²², algo que sin embargo

²⁰ *Ibi*, p. 173.

²¹ *Ibi*, p.158.

²² *Ibi*, p.159.

tiene más que ver con la *paradoja de Mefistófeles*: “Yo soy una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal, pero siempre obtiene el bien”.

Finalmente, ¿qué razón asistiría a un individuo para ayudar desinteresadamente a otro? Simplemente la de ayudarse a sí mismo. El *gen egoísta* sabe que a la larga quitar del medio al otro por las buenas o por las malas es más peligroso y que no da tan buen resultado. Como en la teoría de la justicia de John Rawls (1921-2002), todo ser humano “sabe” que al nacer la posibilidad de que su situación en la vida sea “del montón” es la más alta, por lo cual evolutivamente (filogenéticamente) buscará que la situación del individuo del montón sea, a la larga, lo menos onerosa posible. Incluso el que está en buena situación se pondrá en guardia por si acaso, dado que nadie ayuda.

4.

Si de la ciencia pasamos al campo de la filosofía, también aquí es hegemónica la ideología del no somos más que con perfil de no somos nada. Peter Singer, Norbert Hörster y Derek Parfit, entre otros, oponen las nociones de *hombre* y de *derechos humanos* a la de *persona* y *derechos de personas*, excluyendo así criminalmente del derecho a la vida a quienes sufren una grave invalidez mental o padecen demencia senil en los asilos, a los embriones y a los nascituros que “carecen de autocognición”. Todos estos grupos, aseguran con horrible impiedad, podrían ser entregados a la muerte o sometidos a una utilización exclusivamente instrumental como medios al servicio de los intereses de los otros. Aun no estando permitido matar a un niño enfermo para tener uno sano, los seguros de enfermedad públicos ofrecerían como “prestación” la muerte de niños no nacidos. ¡Ya hace falta barbarie para utilizar a sus propios descendientes desde los primeros estadios de vida con objeto de mejorar la calidad de vida de otros individuos adultos, un canibalismo de la peor especie! No se puede alegar que “nosotros ciertamente luchamos contra la esclavitud, pero dejando a salvo el juicio de conciencia del negrero”, pues si alguien me habla de un campo de concentración en el que se tortura, entonces ya no tengo que preguntar quién es torturado y por qué motivo, sino que debo oponerme. No sólo necesitamos médicos expertos en dilemas; lo que hace falta es que haya médicos con humanidad.

Además, si sólo fueran personas aquellos seres que poseen autoconciencia y racionalidad en acto, a cualquier hombre dormido podría serle impedido despertar vivo porque mientras duerme no sería persona. A esto Parfit replica que quien despierta de un sueño no es el que se durmió, por lo cual la persona queda anulada durante el estadio onírico intermedio; sería otra persona que únicamente ha heredado los recuerdos de la persona anterior en virtud de la continuidad corporal del organismo. No habría, personas, sólo *situaciones personales* de unos organismos. Semejante

punto de vista resulta contradictorio en sí mismo, por cuanto los estados de la conciencia personal no pueden describirse sin recurrir a una identidad del hombre y de la persona. La madre sonríe al bebe, y sólo así éste aprende a devolver la sonrisa. Ningún hombre aprendería las formas expresivas del ser personal si no se le tratara ya desde el principio como persona, y no como una especie de ser vivo condicionado.

Tanto Peter Singer como Derek Parfit son *consecuencialistas*, por lo que aseguran que moralmente bueno es lo que tiene consecuencias buenas, aunque se resientan los principios. Un consecuencialista debería estar siempre preparado para cometer un homicidio si se le amenaza con que, en caso de negarse, morirían diez personas. Según su punto de vista, la prohibición de cruzar el semáforo en rojo debería respetarse, pero si las infracciones careciesen de consecuencias no habría pasado nada. Según G-E. Moore, fundador del consecuencialismo, puesto que desconocemos las consecuencias a largo plazo de todas nuestras acciones, tampoco podremos saber qué es lo moralmente bueno: no nos quedaría más que esperar que los resultados benéficos a corto y medio plazo también lo fueran a la larga. Puro relativismo en el fondo. En el fondo, pero sin verdadero fondo, pues el boom de los genes ha ido al fondo sustituido por el boom de la neurología. Horroroso.

II. LA PERSONA ME DA MIEDO, LAS PERSONAS NO (CRÍTICA DE LA RAZÓN POSTHUMANISTA)

1.

Como si todos y cada uno de los libros de ética escritos hasta el presente careciesen de valor argumentativo, en estas décadas del siglo XXI se viene defendiendo con vehemencia que *la búsqueda de la perfección moral de la humanidad llega demasiado tarde*, en la medida en que nos ha fallado el instinto de conservación. Jugando demasiado con fuego hemos incendiado la casa. Carente de sentido común, la caprichosa especie humana se ha saltado todas las alarmas o no ha querido oír las. Con su irreverente actitud devastadora ya no tendría escapatoria, ni siquiera le servirá comerse sus propios excrementos, y menos aún incrementar los excrementos, pues a la afirmación del pesimista “a este paso vamos a comer mierda” la pregunta del optimista será: “¿Tú crees que habrá mierda para todos?”.

Devastada la naturaleza y al mismo tiempo la dignidad de la persona se ha trasladado la dignidad al reino animal, siendo el resultado final de la personalización de las relaciones con los animales la *animalización* de las relaciones entre las gentes. Ahora está por ver si un hombre al que se le ha retirado la credibilidad puede dignificar a los animales, pues hombre que indignifica a hombre ha de ser hombre que indignifica y abandona a perro. En tales condiciones, desacreditado Dios, desacreditada la Naturaleza, desacreditado el hombre, la única salvaguarda posible de la amabilidad de la vida dependerá de la acreditación del perro. Si levantara su cabeza de la tumba, sólo el general Mao Tse Tung continuaría defendiendo su discurso optimista del ocaso de las *contradicciones antagónicas* y de la viabilidad de las meras contradicciones *no antagónicas*, pues contra su opinión hoy todo se ha vuelto antagónico, *homo homini antagonicus*.

2.

Pese a lo dicho, gracias a la constitución de su cerebro y de su instinto de resistencia reptiliano, el hombre se aferra indesmayablemente al instinto de supervivencia y no quiere morir, desaparecer, extinguirse, degradarse (*entropología*), perder su yo (Senancour: “mi yo, mi yo, que me roban mi yo”), así que -para salvar al hombre viejo con los restos de su naufragio- la ingeniería artificial ha comenzado a ensayar a toda prisa la creación de un nuevo modelo, el del *homo posterior* o *postántropo* que, similar al de Frankenstein, debería resultar más funcional, más adaptable y resistente a las crisis. La marabunta de máquinas de los laboratorios *tardoantropológicos* ya está rugiendo a la búsqueda de una *suprahumanidad*, pues -como dijera Nietzsche, y en esto acertó de pleno- el hombre es, entre todos los demás habitantes del planeta, *das immer noch nicht festgestellte Tier*, el animal no fijado todavía.

¿Era esto *el progreso*? ¡Pues bien, sigamos progresando, *noch weiter*, en marcha la posthumanidad y su progreso! El progreso es para el común de los mortales una catástrofe muy especial, una *discatástrofe eucatastrófica*: cuanto peor progreso mejor progreso. Para la opinión común todos los defectos del progreso son buenos *in spe*, es decir, en la esperanza de que generen más progreso, y así el enemigo del progreso deviene al mismo tiempo favorable al mismo: contra mal progreso buen progreso, fuera del progreso no hay salvación. La fe en el progreso ilustrado del siglo XVII no se ha detenido desde entonces pese a su condición de contradicción performativa o *utopía autoderrotante*, todo lo contrario. Si faltara la fe en el progreso a los seres humanos les entraría una diarrea líquida que daría la vuelta al mundo. Del progreso podría decirse lo que aquel buen hombre dijo del presidente de su amado partido político: “Será un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”. Bajo su sombrero de *homo sapiens* se oculta un *homo insipiens* pues, aun no creyendo en ningún paraíso, ni celeste ni terrestre, tiene grabado a sangre y fuego el *a priori innato* del progreso. El hombre, más que un *ser para la muerte*, es un *animal para el progreso*. La fe en el progreso se sostiene más allá del poder de la muerte, es -como diría Kant- una idea regulativa.

El gran judío Martin Buber se equivocó sin embargo alertando ante un *eclipse antropo-teológico* total: nos resistimos como gato panza arriba a la idea de un *apocalipsis total aquí y ahora*. Pese al último libro de la Biblia judeocristiana²³, los *apocalípticos* terminan en *integrados*, en la negatividad late una fuerza de positividad que Hegel subrayó vigorosamente (*omnis negatio est affirmatio*, cuanto peor mejor) y que

²³ “En aquellos días, después de una gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán. Os aseguro que no pasará esta generación antes de que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán, aunque el día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del Padre” (*Mc*, 13).

posteriormente el feísmo trasladó al arte: *lo feo es hermoso*, como el retrato de Dorian Grey. Ni siquiera Marlon Brando alcanzó a protagonizar con la dignidad que se esperaba de un gran actor como él su *Apocalypse now* pese a la tremenda derrota yanqui en el húmedo *Vietnam* pues, más allá del gran correctivo sufrido, los Estados Unidos -es decir, la voz de la humanidad- cantan victorias venideras con cada una de sus más ridículas meteduras de pata, en lo cual coinciden con los venezolanos inmaduros. *Mister Trump* es el padre de la nueva raza humana (*polemós pánton pater, pánton basileus*, como dijera Heráclito), porque todas las naciones creen cuanto sale de su horrible hocico contra el apocalipsis climático: todo está *O.K* aunque esté *K.O*, no nos pongamos nerviosos, en cualquier caso la *divina ciencia* resolverá porque está por encima de todo Apocalipsis pensable. Es palabra del dios Trump. Aunque de progreso en progreso vayamos al precipicio, ya demostraremos los *tramp-osos* a los pinches agoreros cómo al final venceremos; aquí no pasa nada que pueda perturbarnos, ni siquiera cuando de verdad venga el lobo vendrá el lobo. Cerremos bien las puertas al antiprogreso de la inmigración, que ese lobo furtivo no atraviese las fronteras de nuestro país, o que los emigrantes, como en una nueva huida de Egipto, rocíen los dinteles de las puertas de sus casas con la sangre del cordero para que la bestia no los deporte. Que las alimañas empobrecidas no rompan la frontera y el mundo (es decir, el mundo americano del progreso ilimitado) será tan feliz como el de Aldous Huxley. *Fin de la historia*, fuera de la cual el resto es prehistoria: a partir de ahora lo históricamente bueno está por llegar con su cornucópica carga de abundancias. Más aranceles y más burdeles.

Los actuales *yanquipitecos*, los *chinopitecos* y los *rusopitecos*, cada uno de ellos *homo erectus* y *sapiens sapiens*, seguimos siendo los australopitecos, pitecantropos, y sinantropos, o si no que se lo pregunten a las interminables caravanas de emigrantes. Con nuestra infantil soberbia hemos eventrado el hermoso planeta Tierra, como si *-homines antecessores-* no pudiésemos ser *antecedidos* por otros venideros, si los hubiere. Las más primitivas vigencias consuetudinarias están vigentes aún en las universidades alemanas, donde resulta académicamente obligatorio anteponer *Herr Doktor* tantas veces como el sujeto aludido haya obtenido el título correspondiente, ¡tres hurras para *Herr Doktor, Doktor, Doktor* y cuatro para *Herr Doktor, Doktor, Doktor, Doktor!* *Non omnis moriar*: no está en los genes del hombre ser un animal resignado. Que mueran los otros, los menos evolucionados, yo no puedo morirme ahora porque soy blanco, español y con potente hueso peneano, *Vox populi*. Que se mueran los feos.

Así pues, todos vivieron y vivirán para superar sin remordimientos a los menos hábiles en la lucha por la existencia, *más allá de* lo humano y de lo inhumano como en cierto sentido postulaba Nietzsche, y no para rehabilitarlo *a la búsqueda del tiempo perdido* bajo la estela de Proust. Nada de tradiciones, y menos aún de *repeticiones*, pobre Kierkegaard. El mambo todavía no concluido, la noche es joven... Pero todo se oxida a nuestro pesar, y ya está llamando a la puerta el nuevo *hombre transhumano*, con capacidades intelectuales mucho más altas de las actuales, más memoria y más inteligencia, más resistente a las enfermedades y al proceso de envejecimiento, un tiempo ilimitado para aprender más y generar más habilidades, un vigor ilimitado sin sentirse cansado, harto o irritado; controlará sus deseos, estados mentales y emociones, tendrá una capacidad más grande para el placer, el amor, la belleza del arte y la serenidad de mente, estados de conciencia que el cerebro del humano actual no puede siquiera sospechar. Los *transhumanos* “serán capaces de diseñarse a sí mismos y a su mundo de un modo radicalmente nuevo y diferente que nosotros los humanos ni siquiera podemos imaginar”²⁴. *Done*. El slogan transhumanista en ciernes será *living longer, healthier, smarter and happier*. Su *imperativo proactivo* alienta la búsqueda agresiva de los cambios tecnológicos supuestamente poseedores de capacidad estocástica de autocorrección, por todo lo cual se opone frontalmente al *principio de precaución*. Ante tal panorama tal vez alguno de ustedes se esté preguntando por qué no les ha llegado a tiempo ese *transhumanismo feliz*, sintiendo incluso cierto resentimiento contra la propia época y envidia ante la venidera. Quizá aún les dé tiempo a rellenar el libro de reclamaciones, pero no se demoren mucho.

4.

¿Nada acabará con el delirio de una *historia interminable*? Nada. La ciencia actual distingue entre el hombre venidero a medio plazo y el hombre venidero a largo plazo. El primero es el transhumante *homo transhumanus* destinado a superar el envejecimiento del actual, y otro *homo* mucho más radical, el del *posthumanismo* que lo continuará, ya postula *superar la muerte humana*: la nueva industria hará posible *la muerte de la muerte*. Las novedosas y revolucionarias técnicas de edición del genoma están abriendo imprevisibles abanicos de posibilidades de corrección de algunos defectos o expresiones genéticas anómalas vinculadas a enfermedades graves convirtiendo al científico en un *generador o transformador de su esencia biológica*. Secundariamente los rasgos psicosociales podrían ser intervenidos en una dirección prefijada y

²⁴ Cfr. el muy documentado trabajo de Feyto, L: *El transhumanismo*. In *Diálogo filosófico*, Madrid, 2019, 103, pp. 4-25.

dirigida por planes y proyectos en los cuales lo humano, con su toque de azar, será reemplazado por seres manifiestamente ‘mejorados’ en los que *habría desaparecido la diversidad y la sorpresa del don de la vida natural*²⁵, otra forma de eugenesia estabularia, esta vez no achacable por entero a la raza aria. La especie humana posee unos 25.000 genes y la alteración de uno solo de ellos afectará a otros en una cadena estocástica casi infinita de interacciones.

Bajo estos postulados Nick Bostrom, director del *Future of Humanity Institute* de la Facultad de Filosofía de Boston, y fundador junto a David Pearce de la *Asociación Transhumanista Mundial*, se opone a los *bioconservadores (bioconservatives)* como Francis Fukuyama, según los cuales sin el debido respeto de ningún dintel ético la modificación tecnológica acabaría por *deshumanizarnos en lugar de posthumanizarnos*. En la misma línea Leon Kass defiende *la sabiduría de la repugnancia*, la cual, allende el poder de la razón fría, consistiría en una especie de intuición innata que, de modo inmediato y sin pretensiones argumentativas, detectaría lo perverso amenazante; en definitiva, una especie de vuelta al sentido común, el menos común de los sentidos humanos. Otros argumentan desde lo que denominan la *pendiente resbaladiza* contra las tecnologías que nos lanzan a situaciones irreversibles y de consecuencias morales desastrosas, por lo que parece justificable frenarlas o prohibirlas. Sin evitar que esta última parezca a sus detractores una posición dominada por el miedo, cabe en cualquier caso preguntarse, como lo hace Jeremy Rafkin, *bioconservador* bien conocido por su oposición a la ingeniería genética, qué efectos emocionales tendrá el hecho de crecer en un mundo donde toda la vida es tratada como un invento y como una propiedad comercial, o qué pasará con los niños diseñados genéticamente a petición del cliente desde el seno materno y donde las personas serán clasificadas y discriminadas por su genotipo, cómo se comportarán las especies superiores con las generaciones inferiores, por qué habría de conservarse los códigos morales de éstas, si el *homo sapiens* tampoco conservó los del *homo ergaster* precedente. En la misma línea que los bioconservadores, aunque por motivos opuestos, los darwinistas consideran que la naturaleza posee un equilibrio y un orden interno anterior y superior al ser humano que no debe ser alterado, pues la mutación es un mecanismo puramente evolutivo.

5.

Desoyendo todas estas objeciones, los *posthumanistas* ponen en cuestión la existencia de un orden en la naturaleza, llegando incluso a

²⁵ Cfr. Sánchez, T: *La edición del genoma. Del homo sapiens al homo excelsior. Una reflexión gen-Ética*. In *Diálogo filosófico*, Madrid, 2019, 103, pp. 43-64.

afirmar que, en caso de que existiera ese orden y pudiera conocerse, no necesariamente habría de ser bueno: ¿es que acaso está evolucionando el mundo hacia mejor?, ¿por qué hipostasiar lo natural? Según el *posthumanismo* emergente, lo natural está hecho para que el hombre lo transforme en cultural, llevando de este modo aún más lejos aquella afirmación de Ortega y Gasset según la cual *las personas no tienen naturaleza sino tan sólo historia*. ¿Acaso no postula también hoy la así denominada *ideología de género* que el sexo no responde a disposiciones naturales, sino culturales?, ¿tal vez no es la ideología de género una ideología degenerada respecto de lo natural, con su inevitable trasunto reductivo, en la medida en que el género *hembra* se identifica con el género *humano* y la democracia con la *ginococracia*? Acabada la lacra del macho alfa tendremos la mujer auto-reproductiva, no hay que multiplicar los entes sin necesidad. Adiós a la parejita de niño y niña de los papás tradicionales, bastará con la pareja de la guardia civil.

Sin embargo, esta forma de progresar devastando el pasado ya irredento no parece el mejor proyecto posible. En efecto, así como la postmodernidad no ha superado la humilde modernidad expresada en el hermoso *libertad, igualdad, fraternidad*, así tampoco el *posthumanismo* ha sabido mejorar sus *prehumanas* salvajadas (ecocidio, guerras cruentas de exterminio siempre abiertas, armas químicas, hambrunas, pandemias, explotación laboral infantil, tráfico de personas, torturas, genocidios). A semejante huida hacia un futuro desde lo pasado no traspasado podríamos denominarla *guerra de todo contra todo*. O sea, la nada, la *meología*, la afirmación del nihilismo como metáfora estética por excelencia. O dicho menos favorablemente, la *memez de la posmodernidad*. Sea como fuere, el *posthumanismo* defiende “la inteligencia superior o superinteligencia que, si existiera, superaría a la humana, de modo que las máquinas podrían sustituir al hombre. Los humanos dejarían su soporte biológico y pasarían su inteligencia a las máquinas, de modo que el sustrato de la inteligencia artificial sería *de silicio*. Se trataría de una especie nueva y los seres humanos serían un elemento más en la cadena de la evolución que culminaría en esos seres singulares. No es fácil lograrlo porque las máquinas carecen de un cuerpo biológico, y son las vivencias corporales las que nos permiten comprender e interpretar desde los contextos concretos, contando con valores, emociones y sentimientos y con sentido común. En el mejor de los casos, las máquinas simularían tener todos estos elementos, harían *como si* sintieran, pero para sentir se necesita un cuerpo”²⁶. ¿No sería *cosa horribile, spaventosa*?

²⁶ Cortina, A: *Ética de la inteligencia artificial desde Europa*. In El País, Madrid, 06/06/2019.

Existen entre los posthumanistas discrepancias sobre la fecha en la que la cadena de la evolución natural culminará, pues no es seguro que de la mañana a la noche pueda alcanzarse una base científica suficiente, pero la sola hipótesis sobre esa posibilidad ya abre un mundo de cuestiones éticas. Transhumanistas y posthumanistas consideran que es un deber moral trascender la imperfecta esencia humana actual para crear esos seres perfectos, ahora bien: ¿sería *realmente un deber moral construir seres presuntamente superiores que plantearán problemas como el de la convivencia de dos especies*, una superior y otra inferior, la nuestra, a merced de las nuevas *superinteligencias*? Por otra parte, ¿cuál será la ética de esas máquinas? Bostrom aconseja *integrar valores en ellas*, pero si las máquinas aprendieran por su cuenta poco podríamos hacer los de la especie inferior por conseguir que la especie superior mantuviera los valores del respeto, la solidaridad o la justicia. Ellas irían dictando sus propias axiologías valorativas.

Como decíamos, el objetivo de la *inteligencia artificial* es crear un *hombre-máquina de silicio*. No es fácil lograrlo porque las máquinas carecen de un cuerpo biológico y hasta hoy son las vivencias corporales las que nos permiten comprender e interpretar desde los contextos concretos, contando con valores, emociones, sentimientos y sentido común. En el mejor de los casos, mientras tanto las cada vez más complejas y sofisticadas *máquinas robots* simularían tener todos esos elementos, harían *como si sintieran*, pero las máquinas necesitan cuerpo para sentir e incluso para elaborar sus propias *postverdades*: “Te tengo una mala noticia”, dice el hombre que ha construido una máquina sustitutoria para engañar a su mujer durante las noches. “-Ah, ¿tú también?”, replica la mujer-máquina. El nuevo Adán de silicio engaña a la nueva Eva de silicio, hora ya tan sólo hace falta la aparición en escena de una serpiente de silicio para completar la escena. Vamos, como el *lazarillo de Tormes*, donde el ciego come una uva y el lazarillo dos...

Sea como fuere, las nuevas *personas electrónicas* han ido viendo reconocida su *personalidad jurídica* específica, con los correspondientes derechos y deberes, incluida la obligación de reparar los daños que puedan causar. Por lo mismo deberíamos *tratarles con respeto* ya que, más adelante, serían ciudadanas autónomas en el mundo político, electores y elegibles como representantes en sociedades democráticas. En su fase de autonomía total funcionarían como una *democracia algorítmica* superadora de la actual regida por la mera ley del número, tal y como calificara Ricardo Mella a la actual *partitocrática*.

6.

En fin, si la primera persona que hizo un trasplante de riñón fue encarcelada, la última será arrinconada. La ciencia avanza como un torrente

que irrumpe y rompe cada día las anteriores líneas rojas, pero la ética lenta como un glaciar; muchas veces las nuevas tecnologías dan incluso la impresión de poseer lo que freudianamente hablando podríamos denominar *prolepsis thanatou*, anticipación del instinto de muerte a escala ontogenética individual y filogenética de la especie humana.

Henos aquí en lo que la sabia niña Mafalda denominara *el acabose del continuose del empezose*, o sea, la desaparición de la ética de la justicia, del cuidado, de la compasión, y de todo cuanto constituyó el patrimonio moral de la humanidad. Tanto fue el cántaro a la fuente, que al fin rompióse. Al siglo XXI le va bien el nombre de *Fuenteovejuna*: “¿Quién mató al Comendador? Fuenteovejuna, señor”. Entre todos lo mataron y él solito se murió. Tras ser echados a patadas de la fragua del Olimpo por Vulcano, henos aquí -como lo estuviera su hijo bastardo el cojo Hefestotullidos y sin otra esperanza que la de ser superados. “*No hay trabajo*”, reza el cartel de la clausurada fragua, nada se puede fraguar, los fierros retorcidos y herrumbrosos ya no son reutilizables. A esta época de vacaciones de identidad, es decir, de *inidentidad antropológica*, no parece probable que le siga una humanidad capaz de reagrupar sus filas y de evitar los yerros que le han llevado a tan calamitosa *Babelia*. Nostálgicos, pues, abstenerse.

Siendo casi un niño, y examinándome a los quince años de la materia de *Pedagogía general* en la Normal de Maestros de Ciudad Real, recuerdo haber enfadado severamente a la profesora de la materia por haber sostenido ingenuamente que, tal y como estaban las cosas, preferiría una buena máquina (eran los primeros hervores de la era digital con sus fichas perforadas) antes que un mal maestro. Hoy no sabría qué decir al respecto, porque las máquinas buenas aún no han nacido o no se saben utilizar, y los profesores buenos brillan todavía por su ausencia dada su carencia de vocación y dedicación, aunque este aserto me haga pasar por pesimista social sin merecerlo por los optimistas de siempre, que lo son precisamente por no doblar el tirante y seguir jugando a sota, caballo y rey, esto último algo para mí imposible dada mi condición de anarquista refractario al monopolio del poder monárquico, al menos formalmente. Sea como fuere, comulgo con las *Memorias de Adriano* escritas por Margarete de Yourcenar en lo siguiente: en que vivimos en una época en que los dioses paganos todavía no se habrían ido y Jesucristo aún no hubiera llegado.

Tras lo dicho aún me queda una bala en la recámara. Aquella obra de Mounier titulada *El pequeño miedo del siglo XX*, que tan buenas maneras apuntaba, se ha quedado en llamita de mechero, pues el escaso miedo que él tenía a la máquina, con la que postulaba una nueva civilización personalista y comunitaria, se ha traducido -al menos en lo a mí atinente- en un *miedo al hombre que quiere maquinizarse para dejar de ser hombre*. Ese sí es mi miedo, no el miedo a Fulanita o a Menganito en cuanto que

violentos e inhumanos que al fin y al cabo solo pueden quitarme la vida, sino el miedo a la máquina *anhumana*, deshonorada y descarnada, porque el honor de la humanidad es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios. En fin, que la persona me da miedo, pero las personas me dan lástima. *Misereor super personas*.

He visto tantas cosas como León Felipe, en verdad, y me han mecido también la cuna con demasiados cuentos, pero el cuento más grande jamás contado es el que ha llegado a conturbarme: el miedo a una humanidad que bajo el signo de la mentira hacía lo que no decía y no decía lo que hacía, especialmente una cristiandad *feu*, difunta, hipócrita y pinturera, y más aún un fracasado personalismo comunitario que -por temor al compromiso de la acción- se ha refugiado en trabajos académicos incoloros, inodoros e insípidos, incapaces de poblar con su descendencia las infinitas estrellas del cielo por no haber querido salir de su tienda y bajar a los infiernos. Pobre humanidad la descendiente de Abraham.

Tres me parecen ser a estas alturas, y en relación con lo antedicho, las leyes básicas de la *tontocracia epistemológica*. *Por la primera* lo que tú no imaginas es inimaginable, por la puerta de tu granja puede pasar una jirafa sin que tú creas lo que ves porque eres incapaz de procesarla, si no lo imaginas no lo crees. *Por la segunda*, lo que nos parece apocalíptico cuando gana el Barsa contra el Madrid (desgraciadamente a lo contrario ya estamos acostumbrados), o el PSOE frente al PP, sin comprender que lobos de la misma camada son y que la historia está ocurriendo en otro lado. *Por la última*, es falso providencialista, pues la providencia no es un *deus ex machina* a tu servicio cuando te toca la lotería, sino también un *fatum* cuando te abrasa un cáncer. No milites, pues, en las filas de la *tontocracia epistemológica*.

En resumen: *homo sapiens sapiens*, he aquí mi diagnóstico: por no haber sido *homo bonus bonus* vives hoy bajo el miedo insuperable al *transántropo* y sobre todo al *postántropo*. *Requiesce in pace*.

7.

Esta es la cuestión: *¿puede ser el hombre un positum de la ciencia?* Desde luego que no, a pesar del positivismo ilustrado, uno de cuyos pioneros en España fue Santiago Ramón y Cajal²⁷, corriente que en este

²⁷ “Cuando se conozcan minuciosamente las condiciones fisicoquímicas de la memoria, del sentimiento, del raciocinio; cuando sean analizados y determinados los resortes ocultos que favorecen o contrarian la variación, atrofia y perfeccionamiento de las expansiones neuronales y de sus neurofibrillas interiores; cuando no sea inescrutable arcano la bioquímica de la herencia, de la adaptación y del ejercicio; cuando el futuro *ingeniero neuronal* (que así se llamará quizá dentro de algunos miles de años) deduzca del examen de un discurso de un cuadro o de una invención industrial o científica, las células que entraron en vibración, el camino recorrido por la asociación mental, las

último país ha tenido su último de Filipinas en Jesús Mosterín, un ilustrado reduccionista vulgar²⁸ cercano a las tesis empiriocriticistas de Avenarius, de Mach, bien criticados por Max Scheler. El actual reduccionismo es básicamente de dos tipos: de los fenómenos vitales a procesos físico-químicos por un lado (el comportamiento de nuestro cerebro puede ser explicado por la interacción de las célula nerviosas y de sus moléculas asociadas), y de los fenómenos vitales a procesos computacionales por otro. He aquí la nueva *filosofía reduccionista de lo humano* que inunda cualquier periódico diario, en este caso en *El País*, con ocasión de una encuesta realizada a Roger Kornberg, premio Nobel de química en 1906: “-P. ¿Conocer nuestra base química tiene un lado filosófico? -R. La vida es química nada más y nada menos. El funcionamiento del cerebro se conoce tan poco, que se tiende a asociarlo con significados mágicos o místicos. Pero químicamente el cerebro es una colección de cables e interruptores. Todos los cerebros humanos son más o menos iguales y las pequeñas diferencias son el resultado de distintos patrones en los interruptores basados en una combinación de nuestra genética y de nuestras experiencias. Pero al final es química, nada más y nada menos, aunque la gente se resiste a la idea. Muchas personas quieren apropiarse a sus propias experiencias algún significado especial como la religión. Pero es química. -P. ¿Es una lotería? -R. Es una lotería en el sentido de que la información en nuestros genes, que heredamos de nuestros padres, debe copiarse con absoluta precisión. Un cambio en una letra entre mil millones de letras puede ser fatal o puede provocar una propensión a una enfermedad. La química de la vida es extraordinaria en muchos aspectos. Nuestro ADN sufre mutaciones debido a la radiación cósmica, al oxígeno, a la luz del sol y a sustancias químicas de todo tipo, especialmente de los alimentos. Sufrimos dos trillones de daños cada día. Y todos deben ser corregidos, porque uno solo de ellos podría causar un conocer u otra enfermedad. Esa es otra característica extraordinaria de nuestra fisiología y de nuestra química: la

coordinaciones motrices y hasta el número y calidad de las percepciones arribadas a la conciencia del autor y que formarán la materia de la creación artística y científica... entonces el hombre será verdaderamente rey de la creación, porque habrá alcanzado el triunfo más glorioso y trascendental de la vida: la conquista de su propio cerebro; es decir, el esclarecimiento del formidable misterio; la solemne toma de posesión del área sagrada, resumen y síntesis del cosmos en cuyo seno duermen inviolados los gérmenes de las verdades eternas” (Puerta, J-L: Introducción a Laín, P: *Escritos sobre Cajal*. Ed. Triacastela, Madrid, 2008, pp. 11-32). Con diferentes y muy interesantes claves, esta misma actitud se encuentra en el anarquismo, cuya lectura parece vedada a tantos, hasta el extremo de que el fundador del anarquismo español, Anselmo de Lorenzo, llegó a afirmar, con pretendida base en Darwin, que el progreso llegaría a convertir a los negros en blancos, ¡y eso en nombre del idealismo de la humanidad!

²⁸ Cfr. Mosterín, J: *La naturaleza humana*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 2006; Mosterín, J: *El triunfo de la compasión*. Alianza Editorial, Madrid, 2014.

capacidad de reparar todos esos daños sin error cada día. Es asombroso. -P. ¿Se imagina un futuro sin enfermedades? -R. Por supuesto, cuando entendemos las bases químicas de las enfermedades, automáticamente podemos concebir estrategias químicas para corregirlas. No hay duda de que esto se puede aplicar a enfermedades hereditarias y al envejecimiento. Cuando aprendamos a prevenir el envejecimiento crearemos nuevos problemas para la sociedad. Pero la respuesta es sí. Esto no ocurrirá pronto y quizá no ocurra a lo largo de nuestra vida, pero algún día ocurrirá”²⁹. En la misma página del mismo diario se lee con grandes titulares: *La ciencia se acerca a la creación de seres vivos en un laboratorio*: “Tres científicos acaban de dar un paso esencial para averiguar cómo se creó la vida y para recrear este proceso en el laboratorio. ‘Sería la prueba definitiva de que la vida emerge de la química y de que no hace falta recurrir a ninguna fuerza sobrenatural’, resume el bioquímico Julio Peretó, de la Universidad de Valencia. ‘Creo que estamos a unos cinco o diez años de crear una protocélula funcional’, sostiene Matthew Powner, del University College de Londres. Su equipo trata de averiguar cómo -a partir de los elementos químicos de la Tierra primitiva, como el hidrógeno, el carbono y el azufre- surgió la vida: estructuras con capacidad de copiarse a sí mismas y de automantenerse. ‘Estamos cerca de llegar al fin del principio: sintetizar las moléculas funcionales de la vida. El siguiente paso será integrar estas moléculas en un sistema. No estamos lejos de crear en el sentido conceptual vida en el laboratorio. La polémica puede estar en qué consideremos que está vivo. Todavía falta mucho camino hasta la creación de una célula a partir de elementos químicos presentes en la Tierra primitiva. Otro componente esencial sería la membrana celular y todavía hay pocas propuestas sobre cómo se pudo formar”³⁰.

²⁹ In *El País*, 1 de julio de 2019, p. 25.

³⁰ He aquí una barbaridad tras otra, sin el menor *esprit de finesse*: “Durante más de sesenta años los científicos han intentado fabricar péptidos, uno de los ingredientes fundamentales de los seres vivos. Los péptidos son cadenas cortas de aminoácidos, una especie de versión corta de las proteínas. Sin embargo, los investigadores han estado décadas chocándose contra un muro: sus sopas artificiales de agua y aminoácidos no formaban péptidos en el laboratorio. Paradójicamente el equipo británico ha logrado avanzar dando un paso atrás. Los tres químicos del University College de Londres - Matthew Powner, Pierre Canavelli y Saidul Islam- han demostrado que los péptidos pudieron surgir en esa Tierra primitiva sin necesidad de aminoácidos ni de fuerzas sobrenaturales. La receta sería una sencilla sopa de agua y aminonitrilos, unos precursores de los aminoácidos que sólo requerirían ingredientes presentes en el ambiente anterior a la vida hace cuatro mil millones de años, como el ácido sulfhídrico (formado por hidrógeno y azufre) y el fierrocianuro (carbón, nitrógeno y hierro). Los científicos estaban emperrados en escribir la palabra *abc* a partir de las palabras *a,b,c*, pero no funcionaban en el agua. Powner ha escrito *abc* juntando los precursores de *a*, los precursores de *b* y los precursores de *c* sin pasar por las letras *a,b,c*. Han formado

Como puede verse, con semejante conversión del buen físico en mal filósofo (su contrario también ocurre) “se ha ido extendiendo la idea de que las ciencias del cerebro posibilitan entendernos a nosotros mismos con sólo investigar cómo se comportan e interactúan las células cerebrales. Según este enfoque las alegrías y las penas, los recuerdos, el sentido de la identidad y la libre voluntad no son más que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y de moléculas asociadas, en suma, que no seríamos más que un montón de neuronas. De manera que, con lo ‘mucho’ que hoy cree saber el neurobiólogo sobre el hombre, ya no necesitaría recurrir a los tradicionales conceptos filosóficos. La principal consecuencia de la transmutación del conocimiento neurocientífico en esa *neurofilosofía* es que entonces el objetivo primordial de la investigación del cerebro deja de ser -como era preponderante- la comprensión y la cura de las enfermedades, y adquiere el protagonismo la pretensión de comprender la auténtica naturaleza humana”³¹. La “*filosofía neurológica*” (que así entendida no es más que un nuevo *esencialismo* intocable en cuanto que ideologizado) pretende de este modo convertirse no sólo en la neofilosofía frente a las paleofilosofías, sino en una *neurocultura con mesiáicas pretensiones antimesiánicas que junto con el darwinismo (incluido el neodarwinismo social) se convierte en la cultura del siglo XXI, al menos en lo que de momento ha transcurrido de él*. Veremos cuánto dura la moda, una vez que va de capa caída la cultura del *gen*: el gen que ríe el último ríe dos veces. Lo que sin embargo se repite en cualquier situación es la *falacia mereológica*, la cultura de la parte (*méros*) a la cual se atribuye el valor del todo, tan lejos de Hegel, para el cual la verdad era el todo³².

8.

cadena de aminoácidos (péptidos) sin emplear aminoácidos” (*El País*, 1 de julio de 2019, p. 25).

³¹ Conill, J: *Intimidación corporal y persona humana. De Nietzsche a Ortega y Zubiri*. Ed. Tecnos, Madrid, 2019, p. 180.

³² La noción de *naturaleza* es un concepto sometido a interpretación, se mueve en el marco hermenéutico, no bastando tan sólo la descripción de la *tercera persona* (científica, en el sentido de la *science* positivista) sino incluyendo la de la primera persona, experiencial y no sólo empírica. Aunque durante mucho tiempo se creyó con Franz Gall que las funciones del *cerebro* podían localizarse en algunas de sus regiones, hoy sabemos que hay que tener en cuenta en el funcionamiento del cerebro los neurotransmisores, es decir, no sólo la localización fragmentaria sino la conexión de redes neuronales a partir de la unidad estructural psiconeuronal y psicósomática entre sentir e inteligir. En el sistema nervioso no se dan unos fenómenos puramente bioquímicos que luego el cerebro tradujese en percepciones. El psiquismo no es tan sólo el cerebro, no es en él donde la sensación se produce, y además la percepción no se produce *donde* sino *cuándo* termina el proceso, es decir, en la totalidad de estructuras y procesos biológicos; si el ser humano tuviese que hacerse cargo de cada transmisión sináptica no podría vivir.

Entre los asistentes a mis conferencias hay gente muy poco preocupada por el aceleramiento entrópico y degradante del Planeta (ellos hablan simplemente de *esta situación*, o de *esta crisis*), pero piensan que, con el mero reciclar la basura doméstica en botecitos de colores, se solucionará casi todo y que las cosas volverán a su cauce; otros –los menos- hamletianamente preocupados pensamos que ha llegado la hora del *to be or not to be* y que no se trata de una enfermedad pasajera. Muchos empresarios (especialmente entre la gran patronal mexicana) asistentes a mis conferencias y cursos me dicen a la entrada: *Carlos, venimos a que nos regañes*. En el fondo estos sinvergüenzas no desean procesar la gravedad de la tragedia *cósmica* y la tratan *cosméticamente*. Casi nadie (*quantités négligeables* aparte) procesa la gravedad de la situación.

Ya en el año 1968, estudiando el doctorado en Alemania, tuve la osadía de preguntar al último banquero *Fugger* (descendiente del fundador de la *Banca Fugger*, que prestaba dinero al Emperador Carlos I) por qué no veía él la relación existente entre la desaparición de los bosques de la *Selva Negra* y la gran contaminación que producían sus empresas en la misma zona. El superbanquero me respondió conmoviéndome que la cosa tenía solución, pues él mismo estaba comenzando a construir refugios subterráneos antiatómicos de tres categorías para ser ocupados mientras durasen las radiaciones nucleares. Al insistir yo en que sus nietos no podrían vivir toda la vida en dichos *bunkers*, me replicó con toda frialdad: “Los empresarios no tenemos nietos”. Y a seguir enriqueciéndose para ampliar el negocio: primero enriqueciéndose al contaminar con sus fábricas-chapuzas, y después enriqueciéndose de nuevo con el supuesto remedio: crimen perfecto.

Y hace tan sólo dos años, casi medio siglo después de aquello, le pregunté a un importante asesor de ecología del presidente Obama por qué USA seguía ecoexplotando al planeta, y él me respondió entre divertido y pícaro: “Señor, ¿a quién no le ha caducado un yogurt?”. Parece que la situación no ha mejorado demasiado con la llegada al poder de Mr. Trump, que celebra el calentamiento global del planeta alegando que se necesita para paliar el excesivo frío de las nevadas invernales. Puro *ecofascismo*: vamos a hacer lo posible por *sobrevivir* -por *vivir sobre*- los cadáveres de los que él denomina “*los países de mierda*”.

La cuestión parece demasiado lejana a mucha gente porque las fuerzas de la selección genética y cultural no están creando cerebros capaces de mirar hacia adelante. Pero ninguna medida tendrá efecto si no somos capaces de *hallar el punto emocional de personas y poblaciones*. En efecto, los *ecoescépticos* distan años luz de procesar lo que está ocurriendo; y, ya que hablamos de años luz, se dicen a sí mismos: “Al final también el sol se va a acabar”. Según otros el *Progreso* nos sacará él mismo de la crisis en que nos ha metido siendo como es omnipotente,

ciencia y tecnología conjugadas harán milagros. Y no faltan quienes apelan al poder taumatúrgico de la *Pacha Mama*: el Planeta Tierra autoproliférico siempre se regeneraría a sí mismo. En definitiva, por uno u otro motivo la mayoría se dice a sí misma: *a la larga todos muertos*, así que -no pudiendo yo hacer nada- *¡a follar, a follar que el mundo se va a acabar!* (pintado en la pared de la Facultad de Filosofía de la *Universidad Complutense* de Madrid); en cualquier caso, esa pintada escatológica prolonga aquella otra que de forma más culta vimos en París en mayo del 68: “Dios ha muerto, el hombre ha muerto, y yo no me encuentro nada bien”.

Junto a los *apocalípticos* no faltan los *integrados*: hay que seguir dialogando, dicen, aunque el techo se nos caiga encima, más vale morir aplastados por la *razón dialógica* que tocar a rebato la campana de la *razón profética*. Y de nuevo los toros van y vuelven del corralón y las leyes al Parlamento, y así siempre. A veces la vocecilla de la *sindéresis* o conciencia moral reprimida se escapa por un momento del cuello de la camisa del presidente de la empresa de turno, pero pronto vuelve al silencio: “Es que, si digo lo que pienso, en la próxima junta de accionistas habrá otro presidente...”. ¿Y? Unos por otros, la misma irresponsabilidad corporativa.

Estos *sesgos cognitivos* (ideologías) se basan en suposiciones e intuiciones preformadas; en esta *asimilación sesgada* todo argumento racional queda anulado, y los datos científicos llevan las de perder frente a mis historias emocionales y mis significantes culturales. Los prejuicios ayudan a aplicar la experiencia previa a la nueva información, permitiéndonos decidir qué escuchar y qué ignorar. Para *confirmar* nuestras convicciones seleccionamos activamente las pruebas que puedan apoyar nuestros conocimientos, actitudes y creencias con los cuales creamos un *mapa mental* (un *esquema*), rodeándonos también de personas que estén de acuerdo con nosotros eligiendo las fuentes de información en medios de prensa, sitios *webs*, *blogs*, que a modo de *cámara de eco* refuerza mis opiniones, las que quiero que se me digan, a fin de no aceptar mi responsabilidad. Para eso están los asesores y consejeros áulicos, expertos en no querer distinguir entre *ignorancia* (*no saber*), *negación* (*la negativa a saber*) y *no ver* (*la opción activa de no advertir*). En lo atinente a la *percepción del riesgo*, nuestra mente teme más los peligros *mundanos* (accidentes domésticos, de coches, el alcohol, las piscinas en casa) que el *riesgo desconocido* (impactos catastróficos, armas nucleares). Mis vecinos podrían sentirse muy ansiosos por una torre de teléfonos celulares cercana en la medida en que contiene una mezcla casi perfecta de amenazas: nueva tecnología, miedo a la radiación, peligro para nuestros niños mientras juegan inocentemente, cáncer, y otras malas hierbas. Pero, una vez que el peligro pasa a formar parte de la vida normal, la gente no se moviliza más.

Además, *las personas son más reacias a los costos a corto plazo y a las reducciones en sus niveles de vida que a los costos a largo plazo*, los cuales se perciben *abstractos, distantes, invisibles y discutibles*, por lo que no suelen merecer la atención que corresponde a su enorme relevancia. Un ejemplo: la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero que causan el cambio climático nos costará alrededor del 1% de nuestro ingreso anual durante los próximos cincuenta años. Si no lo hacemos, los costos anuales de los eventos climáticos extremos aumentarán del 5% al 20% de nuestros ingresos anuales por tiempo indefinido. Esto constituye un argumento ineludible para una acción inmediata, y de hecho lo sería si evaluásemos los costos de la misma manera que ponderamos los beneficios. De hecho, los gobiernos han demostrado no estar nada dispuestos a gastar en costos a corto plazo, pero sí muy dispuestos a aceptar costos mucho mayores en el futuro.

9.

¿Las soluciones? ¿Por qué no aceptamos el evidente efecto mortal del cambio climático?, ¿por qué las víctimas que sufren inundaciones, sequías, terremotos y tormentas severas no están dispuestas a hablar del cambio climático, por qué este parece a la gente más incierto que los peligros de los ataques terroristas, por qué tener hijos hace que la gente tenga menor percepción del riesgo? Para movilizar a la gente desde la escuela hay que convertir las cuestiones en un asunto emocional. Ninguna medida tendrá el menor efecto si no somos capaces de *hallar ya el punto emocional de personas y de poblaciones* para obtener las soluciones correctas. Las razones no siempre vencen, sobre todo si al mismo tiempo no convencen. Nuestras decisiones tienen más probabilidades de estar dirigidas por un conjunto de atajos mentales intuitivos que por tendencias cognitivas. Lo cierto es que ha llegado el *Gran Lobo*, la *cuestión del cambio climático*, tan urgente como hasta ahora difícilmente asumible para la mayoría de la población. Quien tiene un sentido en su vida tiene vida con sentido, y quien tiene un *porqué* tiene también un *para qué*. *En segundo lugar* parece ineludible la *habilitación de un sistema penológico de castigos y recompensas* cuando no exista motivación para cometer actos anónimos de altruismo, estableciéndolo como una bandera de pertenencia social de todos. Noruega es el octavo exportador mundial de crudo y sus emisiones crecieron cinco veces más rápidamente que sus ya generosas concesiones bajo el Protocolo de Kyoto. Todo noruego tiene una participación personal directa en esta economía petrolera gracias a los diez mil millones de dólares ahorrados en el fondo estatal de petróleo, que ahora incluye una participación de dos billones de dólares en las arenas bituminosas de Alberta. Con todo, Noruega es un contribuyente

espectacularmente grande al cambio climático y, gracias a sus tradiciones igualitarias, su población ha compartido esa responsabilidad.

Resultan, pues, imprescindibles los siguientes *cuatro giros civilizatorios personalistas y comunitarios*:

-Un *giro sintáctico*: no bastando el *yo-y-tú* convencional que no es más que un egoísmo de dos, se precisa la actitud de *nosotros postconvencional* que busca el bien de la humanidad. No un *nosotros-máquina*, sino un *nosotros personal*. Únicamente así tiene sentido el *rêvez plus grand, créez plus vite*, soñad sueños cada vez mayores, cread creaciones cada vez más rápidamente.

-Un *giro semántico*: más que cambiar de discurso –que también-, vivirlo, resignificarlo, y no meramente verbalizarlo; necesitamos menos los locuaces inertes que los mudos activos, una *razón cálida*.

-Un *giro pragmático*: cambiar radicalmente el modo de vida optando por el decrecimiento sostenible, lo más doloroso para lo ecoexplotadores consumistas aferrados al mito del crecimiento insostenible.

-Un *giro elpídico*: la esperanza, motor de la historia para quienes se comprometen y no para los supersticiosos. Algo hay que hacer; si los demás no lo hacen, ¿por qué no lo hago yo?; y si no lo hago yo, ¿quién soy yo? La enfermedad somos nosotros, la salud también. Pero *decir sí a la vida* es luchar por ella. En todo caso, “en este profundo avatar de la exploración de lo más recóndito que tiene el ser humano, le ha sorprendido la muerte, a cuya llamada hay que esperar para saber quiénes somos y qué es lo que hemos querido de verdad, más que simplemente qué es lo que hemos sido”.

III. LA PERSONA ME DA MIEDO, LAS PERSONAS NO (CRÍTICA DE LA RAZÓN NEUROCIENTÍFICA)

1.

Nemo philosophus nisi psychologus, nemo psychologus sine physiologus, nemo physiologus sine antropologus... conversimque. Fue en su día necesario que las ciencias se independizasen de la santa madre filosofía (como ésta a su vez de la teología a la que ella servía ancilarmente) para que cada una de ellas pudiese crecer sin curatela, pero independizarse para mejor desarrollarse no justifica crecer sin relacionarse, así es la vida: diferenciar para unir (unir no significa reducir). Un niño sano crece reclamando autonomía, pero no abandona a la madre en orden a su propia autoconciencia reconocitiva. Esto es lo que de algún modo constituye el fondo de ojo del muy excelente libro holístico de Jesús Conill

*Intimidad corporal y persona humana. De Nietzsche a Ortega y Zubiri*³³. Y es un gran alivio porque entre otras muchas cosas nos libera con valentía y rigor del filoneísmo de quienes viven para girar, del giro pragmático al giro lingüístico, del giro genético al giro neurocientífico, y de este si hace falta al *giro d'Italia*, el caso es enfundarse la *maglia rossa* o el maillot amarillo. Perro viejo ladra sentado y, la verdad, ya no está uno para tanto amarillismo: el giro existencialista, el giro marxista, el giro neopositivista, de oca a oca y giro porque me toca, cuya antítesis es el fixismo sustancialista de rutinario piñón fijo que va de Maritain a Karol Wojtyła, algo a lo que ciertos *parvenus* denominan (*la verdadera filosofía personalista: libéranos domine*)³⁴.

A lo largo de la historia del pensamiento filosófico, el *dualismo cuerpo-alma (binding problem)* ha sido hueso tan duro de roer que, en orden a su resolución, uno de los errores del “error de Descartes”³⁵ el racionalista (dime de qué presumes y te diré de qué careces), fue el de ingeniar una tremendísima chapuza epistemológica para unir en la glándula pineal el cuerpo y el alma gracias a unos *espíritus animales* mitad cuerpo y

³³ Ed. Tecnos, Madrid, 2019, 292 pp. Pocos, si alguno, y desde luego ninguna pareja como la formada por Adela Cortina y Jesús Conill, han dedicado tanta vida y tanto estudio académico serio a la reflexión filosófica dentro y fuera de España. Sirva este modesto *rendre comte* nuestro de la presente obra de Conill, que evidencia un desbordante conocimiento de cuanto se ha escrito al respecto. Libro que, por otra muy importante parte, además tiene el inmenso mérito de haberse gestado en un excelente equipo de trabajo con personalidades muy notables, algo insólito en la filosofía española, donde los grupos (de presión) servían para que *-more cuartelario-* el furriel diseñase el rancho y los trompetas tocasen luego el *quinto levanta tira de la manta* para que el caudillo comenzase a irradiar su esplendor cual rey sol: *escuelas-secuelas*. Pero como estos grandes maestros que son ya, sin la menor duda, Adela Cortina y Jesús Conill me conocen -y pese a todo me estiman- séame permitida una pequeña maldad: yo no creo que Zubiri sea el Adán de la filosofía en el que se encuentren las claves de la resolución de los problemas neurofilosóficos. Es algo que lamento mucho por mi parte y que resulta inimputable al autor del libro, pues podría constituir el acierto central y el hallazgo más importante de este libro, respecto de lo cual podrán responder con mejor criterio conocedores mucho mejores que yo de Zubiri. Sea como fuere, el esfuerzo verdaderamente gigantesco de Jesús Conill en este caso para hallar las claves de la neurociencia en la filosofía zubiriana (pues Nietzsche y Ortega son comparsas, pequeños teloneros de Zubiri, en este libro) me parece más entusiástico que resolutivo. Sin quitar ni poner a Zubiri, ni ayudar a ningún otro señor.

³⁴ Frente a tanta verborrea casposa, y para bien entender las líneas actuales abiertas del personalismo en nuestros días, remitimos al mejor libro escrito al respecto hasta el presente, el de *Bonaventura Pedemonte i Feu: El sujeto convocado*. Editorial Mounier, Madrid, 2018. También Díaz, C: *Las siete fenomenologías de nuestros días: Husserl, Scheler, Mounier, Buber, Levinas, Ricoeur, Marion*. Ed. La Nueva Pléyade, Buenos Aires, 1918, 217 pp.

³⁵ Damasio, A: *Descartes'Error: Emotion, Reason and the Human Brain*. Grost/Putnam, New York, 1944, pp. 77 ss.

mitad espíritu (tan jesuitas) que supuestamente fluían por los nervios. Mucho más *razonablemente* en nuestra opinión, “la investigación sobre el modo en que los órganos del cuerpo se hallan en conexión en el pensamiento” le pareció a Kant “eternamente vana” (auténtica dialéctica trascendental)³⁶, razón por la cual sólo se atrevió a escribir una -deliciosa, eso sí, e interesantísima al menos para mí- *Antropología en sentido pragmático*, camino que más tarde Martin Heidegger recorrería, pero en sentido inverso. Quién sabe si mañana terminará Kant siendo desmentido; de momento no sirve decir que la cuestión de la naturaleza humana es una “cuestión hermenéutica”, pues hermenéutica que no resuelve deviene erístico campo de Agramante.

Aunque me parece una exageración que la psicología no ha comprobado, se afirma que el 99% de lo que percibimos es inconsciente, lo cual no impide que sí sea cierto que no todo lo que pasa en mí o conmigo es conscientemente mío, y mucho menos que lo sea del psicoanalista lacaniano en su intento de expropiarme mi propio subconsciente. Lo cual no impide, claro está, que demasiado frecuentemente las gentes negociemos con nosotros mismos, pues “se las arregla uno mejor con su mala conciencia que con su mala reputación”. Sea como fuere, consciente o subconsciente, qué maravilloso e inagotable es el ser humano cantado por los renacentistas, tan *ágnoston* como *árreton*, respecto del cual cuanto más se dice menos se sabe.

En efecto, el hombre es enigmático e indescifrable, “en él todo lo biológico es mental, y todo lo mental es biológico”³⁷. “Yo soy el cuerpo, yo soy un cuerpo personal, yo soy una persona corporal”³⁸, y sin ello no se daría la *cadaunidad* de cada uno y sus *cadaunadas*, como dijera Unamuno primero y Zubiri después. Por lo demás, conviene recordar a los retrasados del citado *giro* de Italia recogidos en el coche escoba, que ser una persona corporal está muy bien, que de verdad que no es nada malo, que no son las bajas pasiones *el cerdo interior* (*Schweinhund*). Ser *mi cuerpo*, “ser mío” (*minenes*) es también ser un cuerpo relacional, intencional, lo cual no da derecho a llevar al matadero el cuerpo del bebé que hay en el vientre materno, el cual *está* en la madre, pero no *es* el cuerpo de la madre pues, si así fuera, al abortar el hijo se abortaría la madre a sí misma.

2.

Así las cosas, la cuestión suscitada en *Intimidad corporal y persona humana* comienza aquí precisamente: *¿puede ser el hombre un positum de*

³⁶ Kant, E: Carta a Marcus Herz, 1770. Werke. Walter de Gruyter, Berlin, X, 1773, p. 145.

³⁷ Zubiri, X: *Escritos menores (1953-1983)*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 53.

³⁸ Zubiri, X: *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 297-298.

la ciencia? El actual reduccionismo es bifaz va de los fenómenos vitales a procesos físico-químicos (se explica el comportamiento del cerebro por la interacción de las células nerviosas y de sus moléculas asociadas), y de los fenómenos vitales a procesos computacionales apoyados en las innovaciones tecnológicas (técnicas de imagen o de resonancias magnéticas, magnetoencefalografías, etc). Hoy, bajo el imperio del *pancerebrismo*, el cerebro es para muchos el órgano y la sede de la individualidad de la mente y de la conciencia, la esencia de la mismidad (*self*), una maquina causal física que determina la mente. Las neuronas parecen determinar nuestras elecciones y nuestras acciones en la *Decade of brain* (y *Century of the brain*) en esa biologización del ser humano. Dentro de las ciencias del cerebro (*brain sciences*) las neurociencias ocupan el lugar central.

Sin embargo, no todos los procesos elementales del cerebro se basan sobre mecanismos psico-químicos y actividades neuronales que reducen la libertad y el juicio moral a epifenómenos del cerebro. Y, aunque algunos han situado el cerebro en áreas cerebrales particulares como la corteza prefrontal medial y el estriado ventral, la activación de determinadas áreas cerebrales es un presupuesto necesario, pero no suficiente. Lo que ocurre es que las neurociencias siguen una estrategia reduccionista al considerar relevantes sólo aquellas características que estudian con sus propios instrumentos, de suerte que cuanto no entra en ese campo es considerado irrelevante, método circular sobre todo cuando se trata de la *autorreferencia ética*. El *sujeto cerebral* (*brainhood*), representaría la síntesis de la subjetividad moderna. Siendo el cerebro la sede de mi identidad (*self*), la tecnología³⁹ estaría en condiciones de modificar mi propia identidad personal, siendo finalmente nuestro sentido de autonomía y de libertad meras ilusiones antroponómicas y ontológicas⁴⁰. Fin, pues, de

³⁹ *Neuroimaging*, en la interfaz cerebro-computadora, que hibrida la biología de las neuronas y la tecnología de los *microchips*, intenta no sólo fundir cerebro y tecnología, sino también crear el *Cyber-think* o *Mind-merging* o *fusión de mentes*, “conectar/integrar las mentes -o parte de ellas- de muchos individuos utilizando diferentes interfaces cerebro-computadora para alcanzar una “*superinteligencia*” (Gordijn B y Buyx A.M: *Neural Engineering. The ethical Challenges ahead*. Cambridge University Press, Cambridge 2010, pp. 283-301).

⁴⁰ “Según algunos neurocientíficos, el sentido “ontológico” del *sí mismo* (*self*) no es una experiencia continua y fijada de una vez para siempre, sino más bien continua y creada nuevamente en cada momento. Antonio Damasio y Kaspar Meyer afirman que los individuos conscientes generan continuamente *impulsos de conciencia* que ligan el organismo y el objeto más allá de los diversos y consecutivos periodos de conocimiento mental. De esto se sigue que la conciencia es una creación momentánea de esquemas neuronales que describe una relación entre organismo y objeto o evento. Este conjunto de patrones neuronales describe un estado que llamaríamos el *self*, el sí mismo. Parecería, pues, existir un conjunto de estructuras cerebrales activas, de modo más o menos constante, con el fin de sostener la autoconciencia del sujeto (Damasio-Meyer:

la *conscience* de lo justo e injusto, y reducción de la misma a *consciousness* cerebral. Como si las neuronas determinasen nuestras elecciones y nuestro obrar, el condicionamiento del prefijo *neuro* sirve como emblema de autoridad de los pronunciamientos científicos: “La inmortalidad está asegurada a través de sucesivos trasplantes de tu cerebro en un cuerpo más joven. Por eso el cerebro imaginado no envejece nunca; él ha incorporado simbólicamente las cualidades del alma, la sustancia inmaterial por excelencia”⁴¹.

3.

Se habla de *neuroplasticidad* para indicar que nuestro cerebro, con sus centenares de miles de células y cerca de 1015 conexiones entre ellas, es además el fruto de la cooperación entre dichas interacciones y las condiciones ambientales, sociales e históricas; en la fusión de razón teórica, razón práctica y razón poética se daría no sólo el conocimiento, sino también el interés, y por tanto la intencionalidad emocional y moral, de suerte que -contra los reduccionismos- la polémica entre genetistas y ambientalistas (el clásico *mind/body problem*) se halla aún lejos de ser cerrada, es *a hard problem* a pesar de haber experimentado toda suerte de resemantizaciones. Cuál sea el grado de *neuroplasticidad* al respecto no ha sido delimitable hasta el momento.

Según *the Extended Mind*, la *teoría de la mente ampliada*⁴² no todos los procesos cognitivos están en la cabeza, la mente no está toda ella contenida en el cráneo y en la piel, ni siquiera en el cerebro, más bien lo está a través de la interacción entre el cuerpo humano y el ambiente externo, razón por la cual esta teoría es definida como *externalista*: si, permaneciendo inalterada la estructura interna, mutasen todos los elementos externos, el comportamiento humano podría cambiar completamente. En esta perspectiva los elementos externos son causalmente determinantes como las estructuras internas del cerebro, y de este modo el ambientalismo regresa para situarse por encima del genetismo, por lo que parece lícito hablar de una *socially extended cognition*, extensión de nuestra cognición que implica la extensión de

Consciousness: an overview of the Fenomenon and of its posible neural Basis. In Laureys-Bonoy Eds: *The Neurology of Consciousness Cognitive Neuroscience and Neuropathology.* Elsevier, London, 2009, pp. 13 y 52). No contra la autonomía moral ni contra la libertad humana, todo lo contrario, pero sí en cuanto a la ontología de la realidad personal, mucho antes que la neurofisiología, y desde su personalismo fenomenológico, Max Scheler había defendido una posición dinámica parecida en cuanto a la intencionalidad no ontológica permanente del *ordo amoris* (Cfr. Díaz, C: *Las formas de empatía en Max Scheler.* Ed. Sinergia, Guatemala, 2019).

⁴¹ Farisco, M: *Filosofía de las neurociencias.* Ediciones Universidad Católica de Salta, Argentina, 2017, p. 42.

⁴² Clark A y Chalmers D: *The extended Mind.* In “Analysis”, 58, 1998, pp. 7-19.

nuestra identidad como sujetos cognitivos. A tal respecto la categoría de *Embedment*, integración, encastre, incorporación, encarnación, indicaría la compleción intrínseca del cerebro con el cuerpo y con el ambiente, lo cual supone una *ontología relacional*: “El cuerpo no puede ser ya concebido como cuerpo físico, sino como cuerpo biológico y biomecánico, lo que implica dinamicidad y plasticidad, además de apertura e integración con los elementos técnicos. Por otra parte, el cerebro dinámico se caracteriza por su actitud de selección, y no por los códigos de instrucción: el cerebro selecciona determinados esquemas mecánicos que corresponden al respectivo cambio ambiental, lo cual significa que el cerebro se adapta al ambiente. A su vez el contexto ambiental favorece determinados esquemas dinámicos en la organización del cerebro suprimiendo otros. Se sigue de esto una recíproca adaptación de cerebro y ambiente: si el primero no se adaptase al segundo, el respectivo estado dinámico quedaría sin significado, mientras que si el segundo no se adaptase al primero, la selección de un particular estado dinámico, necesaria para el cerebro, sería solamente arbitraria y casual. Podemos hablar de *integración intrínseca* entre cerebro y ambiente. Esta visión plástica e integrada de *cerebro-cuerpo-ambiente* está situada dentro de una *neurofilosofía teórica*, o sea, de una filosofía de la neurociencia”⁴³. Empero, por mucho que (a modo de *big bang*) se extienda o se contraiga la mente, conviene seguir recordando al gran Aristóteles discípulo del gran Platón: “Hay una ciencia que estudia lo que es en tanto que algo es y los atributos que, por sí mismos, le pertenecen. Esta ciencia, por lo demás, no se identifica con ninguna de las llamadas ciencias particulares. Ninguna de las otras ‘ciencias’, en efecto, se ocupa universalmente de lo que es en tanto que algo es. De aquí que también nosotros hayamos de encontrar las causas primeras de lo que es en tanto que algo es”⁴⁴.

Esta posición, tiene, evidentemente, *consecuencias ontológicas respecto a la identidad personal del yo sustancial*, negada en favor de un yo que -en la línea de Xavier Zubiri- podríamos denominar *yo sustantivo*. En efecto, “somos mentes encarnadas por cuanto que nuestros estados mentales son generados y sostenidos por el cerebro y por su interacción con elementos externos e internos de nuestro cuerpo. También somos mentes integradas en el sentido de que el contenido y la cualidad de nuestros estados mentales son definidos de acuerdo con el modo en que operamos en el ambiente social y natural. Por esa razón estamos constituidos por nuestro cerebro, pero no nos identificamos con él. Con más propiedad el cerebro puede ser entendido como un órgano de mediación entre el organismo y el ambiente, más que como un órgano aislado y

⁴³ Farisco, M: *Op. cit*, p. 190.

⁴⁴ Aristóteles, *Metafísica* 1, 983a10.

autosubsistente, por todo lo cual el cerebro es un órgano relacional que define y es definido por la interacción entre organismo y ambiente”⁴⁵. He ahí la *neuroética con rostro humano*, a la cual denomina su autor *phenomenal experience*, experiencia fenoménica, según la cual no es el cerebro, sino *la persona con ontología relacional constituida* por cerebro, cuerpo y mente, la que interactúa con los otros en el mundo, son la “triple hélice” (cerebro-organismo-ambiente), un todo integrado cuyos elementos resultan de todo punto indisolubles, a lo que G. Northoff define incluso como *ontología integrada*, o sea, incorporada, encarnada, y en consecuencia también por él calificada como *ontología relacional (embedded Ontologie)*⁴⁶.

Llegados a este punto sólo añadiremos por nuestra parte que la neurociencia, aunque aporta datos muy interesantes sobre el “chasis” de la condición humana resulta incapaz de articular una explicación realmente demostrativa respecto de ella, pues ¿cómo definir la sonrisa de los enamorados a partir de la decalvación de sus peladas calaveras en el cementerio de Shakespeare? El error de pretender definir lo personal con caracteres empíricos -y por tanto el fracaso de David Hume- está en la inadecuación entre lo empíricamente representado y su correspondiente *eidos* o esencia. Lo han comprobado muchas veces mis alumnos que, tras salir a la pizarra en pos de lo humano, ni sus pintureros bocetos representaban el sexo de toda la humanidad -pues tampoco los andróginos platónicos agotan el género humano, al dejar fuera a los anandróginos-, ni sus calvos ectotipos daban la talla, pues los peludos quedaban excluidos, amén de saltarse a la torera la muy importante división entre calvinistas y pelagianos; en resumen, ni Antonio Machin con sus inolvidables maracas hubiera servido de *imago hominis* porque aquel su “pintor que pintas con amor, por qué desprecias mi color, si sabes que en el cielo también lo quiere Dios” tampoco sirve como *imago hominis*. Imposible un *her-retrato* o un *his-retrato* común a toda la humanidad; en mi propia iglesia entran monópodos cada vez más escasos, bípedos en abundancia creciente, y trípodos renqueantes, de donde se demuestra que el hombre no es un bípedo implume, habiendo además ápodos y múltipodos protésicos. Para el alma humana no sirve la *picture-theory* ni el lenguaje unificado.

4.

Atendamos, pues, al buen criterio de Jesús Conill: “Se ha ido extendiendo la idea de que las ciencias del cerebro posibilitan entendernos a nosotros mismos con sólo investigar cómo se comportan e interactúan las

⁴⁵ Glannon, W: *Brain-, Body and Mind: Neuroethics with a Human Face*. Oxford University Press, Oxford, 2011.

⁴⁶ Northoff, G: *Philosophy of the Brain. The Brain Problem*. John Benjamins Publishing Company. Amsterdam-Philadelphia, 2004, p. 298.

células cerebrales. Según este enfoque las alegrías y las penas, los recuerdos, el sentido de la identidad y la libre voluntad no son más que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y de moléculas asociadas, en suma, que no seríamos más que un montón de neuronas. De manera que con lo ‘mucho’ que hoy cree saber el neurobiólogo sobre el hombre ya no necesitaría recurrir a los tradicionales conceptos filosóficos. La principal consecuencia de la transmutación del conocimiento neurocientífico en esa *neurofilosofía* es que entonces el objetivo primordial de la investigación del cerebro deja de ser -como era preponderante- la comprensión y la cura de las enfermedades, y adquiere el protagonismo la comprensión de comprender la auténtica naturaleza humana... Una alternativa fecunda para comprender el cerebro de un modo más integral proviene de la propuesta *neurofenomenología*, que intenta lograr una unión de datos científicos y conceptos filosóficos sin disolver la filosofía en las neurociencias e intentando combinar el conocimiento científico neurológico y la reflexión filosófica. En ella se nos advierte, por ejemplo, de que algunos neuroinvestigadores confunden *datos y hechos* empíricos con *conceptos* filosóficos, cuando en realidad existe una diferencia ineludible entre concepto y hecho”⁴⁷.

La “*filosofía neurológica*” (que, como señala Conill, así entendida no es más que un nuevo *esencialismo* intocable en cuanto que ideologizado) pretende de este modo convertirse no sólo en la neofilosofía frente a las paleofilosofías, sino en una *neurocultura* con pretensiones incluso antimesiánicamente mesiánicas (resignificación parásita a la que nos tienen acostumbrados las filosofías del *a* y del *anti* en cada época) que -añadimos- junto con el *darwinismo* (incluido el *neodarwinismo social*) ha devenido la cultura delo que va de siglo XXI. Veremos cuánto dura la moda, una vez que anda de capa caída la cultura del *gen*: *gen* que ríe el último ríe dos veces. Lo que sin embargo se repite en aquel *gira il mondo gira nello spazio senza fine*, aquella canción de los amorosos festivales de San Remo, es la al parecer inevitable *falacia mereológica* (*mereological fallacy*), es decir, la cultura de la parte (*méros*) que se atribuye el valor del todo, tan lejos del holístico Hegel, para el cual la verdad era -precisamente- el todo.

Frente a semejante falacias, he aquí este luminoso texto: “Al animal fantástico que es el ser humano le hace falta un elemento incondicionado en el desarrollo de su razón práctica. La estructura de la razón lo necesita y un nombre para tal incondicionado ha sido el de *dignidad*. Una noción aprendida en la experiencia de la vida histórica forjada a lo largo de diversas tradiciones, no inventada de la nada. Y luego reforzada mediante reflexión trascendental, cuando se ha necesitado un incondicionado práctico, de manera que pueda hacerse valer en la argumentación racional...

⁴⁷ Conill, J: *Intimidación corporal y persona humana* cit, pp. 180-186.

A mi juicio, un enfoque filosófico a la altura de nuestro tiempo no tiene que dejarse arrastrar por la moda de la *naturalización*, sino representar también el concepto de dignidad desde una *hermenéutica crítica* en la que se articulan dos lados: 1) el aspecto experiencial (incluso el comportamiento ‘*thymótico*’) del concepto, en el que se fusionan los elementos históricos y culturales de los que se nutre (fusión de contenidos religiosos, humanistas, ilustrados, emancipadores, científicos) y 2) el aspecto transcendental que a través de la reflexión ha sido capaz de descubrir el momento incondicionado de la razón y su condición como categoría antroponómica en virtud de su contenido eleuteronómico⁴⁸. Eleuteronómico, libertario.

La noción de la naturaleza humana es un concepto sometido a renovada *interpretación*, se mueve en el *marco hermenéutico*, no bastando tan sólo la descripción de la *tercera persona* (científica, en el sentido de la *science* positivista) sino incluyendo la de la *primera persona*, experiencial, existencial, y no sólo empírica⁴⁹. Aunque durante mucho tiempo se creyó con Franz Gall que las funciones del *cerebro* podían localizarse en algunas

⁴⁸ *Ibi*, pp. 214-215.

⁴⁹ Pocos libros se sitúan en tanta sintonía con el de Jesús Conill como el de Michele Farisco *Filosofía delle Neuroscienze. Cervello, mente, persona*. Ed. Messagero di Santo Antonio, Padova, 2012 (*Filosofía de las neurociencias*. Ediciones Universidad Católica de Salta, Argentina, 2017), el primero desde perspectiva zubiriana y el segundo desde la ricoeuriana: “Siguiendo las huellas de Ricoeur, en la semántica de la persona se expresa un concepto dinámico de identidad como capacidad de reconocerse en cuanto sujeto de identificación y diferenciación, es decir, en cuanto *ipse* de una constante coincidencia de identidad y diferencia. Por eso la identidad personal se sintetiza en la categoría de *complejidad*, que expresa la imposibilidad de reducción de un elemento discreto -por ejemplo, a la mente, o bien al cerebro-. La complejidad de la persona no vale sólo *ad intra*, en relación con lo impersonal que es parte de ella, sino también *ad extra*, y se expresa como *relación*. En cuanto finita, y por lo tanto libre y responsable, la persona reconoce la propia insuficiencia de sí misma y la necesidad de heterorreferirse para encontrarse a sí misma: la apertura al ambiente es la condición de desarrollo de la identidad personal” (Farisco, M: *Op. cit, persona*, p. 114). “El ser personal se presenta como una continua obra de personalización de lo impersonal que lo constituye, ya que tomar conciencia de lo impersonal de lo personal es ya personificarlo. Esta obra de personalización de lo impersonal, sin embargo, no la concebimos como una suerte de dominio por parte de la persona, con su consecuente reconducción al léxico en la persona, sino como el reconocimiento de su peculiar modo de ser parte de la persona, o sea, como renacimiento del estatuto complejo de la persona misma... Deducimos, por lo tanto, la inclinación por una identidad personal compleja y relacional, no momificada en una ideal radicación ontológica... “Si es verdad que la categoría de *relacionalidad* permitiría comprender una identificación de la persona solamente con la razón, es también verdadero que la perseidad, la finalidad, la automediación, delinear una persona concebible más como un *deber ser* de tipo sintético que un ser de tipo dualista: la identidad personal no es dada de una vez para siempre como opuesta a la dimensión material del hombre, sino que más bien ella debe ser construida en una dinámica de síntesis de mente y cuerpo” (pp. 111-112)

de sus regiones, hay que tener en cuenta el funcionamiento de sus neurotransmisores, es decir, no sólo la localización fragmentaria sino la conexión de redes neuronales a partir de la unidad estructural psiconeural y psicosomática entre el sentir y el entender; si bien es cierto que en el sistema nervioso no se dan unos fenómenos puramente bioquímicos que luego el cerebro tradujese en percepciones, no es tan sólo *en* el cerebro *donde* la sensación se produce.

5.

Y, porque todo eso es así de ‘*thymótico*’, me gustaría añadir algo que constituye mi obsesiva dedicación, a saber, la necesidad de una *ética pauperonómica* capaz de ir *de la razón dialógica a la razón profética e histórica*⁵⁰ y de hallar su asiento y su figura real también en la calle, en el compromiso limpio e independiente con los lugares de la tierra donde más se sufre, en los colectivos más excluidos en que se prueba el *kairós* de las teorías⁵¹, lo cual no significa una extensión potestativa del discurso, sino su necesario nutriente fáctico a partir del cual hay que confrontar eidéticamente (fenomenológicamente) lo dado en el mundo de la vida⁵². Por eso también deberían estudiarse las aportaciones de la psicología, ignorados méricamente por la filosofía, pues hay que tratar

⁵⁰ Cfr. Díaz, C: *De la razón dialógica a la razón profética*. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1991, 133 pp. ¡Hace treinta años ya!

⁵¹ Agradezco en tal sentido el libro de Ramón Horcajada *El personalismo comunitario de Carlos Díaz. Pobreza de la filosofía y filosofía de la pobreza*. Ed. Sinergia, Guatemala, 2019, 2019, 483 pp.

⁵² He denominado a esta forma de hacer filosofía, ciertamente en línea con la tradición española clásica, pero de forma más temática, *razón cálida (Filosofía de la razón cálida)*. Ed. Mounier. Córdoba, Argentina, 2005, 220 pp; *El don de la razón cordial*. Ed. Clie, Barcelona, 2007, 156 pp; *Razón cálida. La relación como lógica de los sentimientos*. Ed. Escolar y Mayo, Madrid, 2010, 500 pp) y desde ella elaborado una fenomenología de la compasión y el sufrimiento. Remito aquí a mis libros, dado su desconocimiento en España. *Sobre el dolor y el sufrimiento y su espacio en una psicología fenomenológica* he escrito: *Dolet ergo sum. Para una reconciliación con el dolor*. Editorial Mounier, Córdoba, Argentina, 2005, 95 pp; *Ayudar a sanar el alma*. Ed. Caparrós, Madrid, 1997, 178 pp; *Y porque me dueles te amo*. Editorial Mounier, Madrid, 2012, 120 pp; *Del yo desventurado al nosotros radiante*. Editorial Mounier, Madrid, 2006, 133 pp. (2ª ed); *La fragilidad que hay en la felicidad*. Editorial Mounier, Madrid, 2006, 129 pp. (2ª ed); *Por respeto al otro*. Ed. Dos Mundos, Madrid, 2006, 100 pp; *Pedagogía de la salud comunitaria*. Ed. Progreso, México, 2007, 195 pp; *La salud mental soy yo mismo, la enfermedad mental también*. Editorial Mounier, Madrid, 2016, 100 pp (3ª edición); *Encuentro sanador y experiencia de sentido*. Ed. Sinergia, Guatemala, 2015, 308 pp; *Tu rostro me duele, luego existes para mí como persona*. Editorial Mounier, Madrid, 2016 (2ª edición); *Sufrimiento y esperanza se besan*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2017; *Cuando tu sufrimiento y el mío son un mismo sufrimiento. La vida como sanación compasiva*. Ed. Desclée de Brouwer, Madrid, 2018, pp. 222 pp; *El miedo y la soledad*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2019 (2ª edición).

compasivamente el sufrimiento de la gente⁵³. En este sentido resulta muy importante lo que significa *la pobreza* para la configuración de la mente humana: “Cuando los componentes de clase obrera baja hablan con alguien ‘bien vestido’ lo hacen con una actitud corporal sumisa, como frente a la ‘autoridad’, más bien contestando preguntas que haciéndolas y, sobre todo, en una actitud de silencio cohibido. A veces, el mutismo y la intimidación que sufren los hacen parecer casi como *débiles mentales* (esto sucede especialmente con la gente del interior). Lo curioso es que, cuando se encuentran dentro de su propio grupo, ocurre lo contrario, el cuerpo se mueve con expresividad y las contestaciones son rápidas y precisas. A veces aparece un juego de humor o un juego de bromas y de ingenio que llegan a ser muy sutiles”⁵⁴. He ahí una muestra clara de la relación entre el cuerpo y la mente según el contexto social.

6.

Por otra parte, esa relación entre la disposición anímica y la actitud corpórea existencial se hace evidentísima también desde la *antropología cultural*, y vamos a citar tan sólo un ejemplo: “Los *bataks* son de origen malayo y se encuentran distribuidos en la región norte de Sumatra bajo colonización holandesa. Allí llegar a ser *Datu*, es decir, médico hechicero, no es nada fácil y requiere un largo aprendizaje y una dedicación incondicional. Tan sólo el aprendizaje de la lectura de los libros mágicos escritos en corteza de árbol lleva muchos años. Para el terapeuta *batak* la causa de la enfermedad es que el alma o fuerza vital (el *tondi*) ha abandonado su cuerpo debido a la influencia de algún espíritu maligno. El *Datu*, a través de sus manipulaciones, hace volver el alma al cuerpo mediante conjuros y sacrificios en los que intervienen amigos y parientes, junto con masajes, baños de vapor, sanguijuelas y uso múltiple de hierbas que preparan el cuerpo para que luego se produzca el cambio mental. El culto de los muertos está dirigido a apaciguarlos: el lugar del entierro no debe estar muy alejado del poblado para que el espíritu no se venga por sentirse ofendido y también para que no sean robadas ciertas partes de su cadáver con las cuales elaborar remedios mágicos. Cuando la persona se resistió mucho a morir puede llegar a constituir un espíritu muy peligroso, de ahí que sean muy cuidadosas las precauciones para enterrarla y se la deba sacar de su casa evitando la salida natural de la puerta, para lo cual se

⁵³ Y, a riesgo de parecer demasiado autorreferencial, citaré mis libros y las traducciones de seis libros de Viktor Frankl, así como mi tesis doctoral de psicología, *Las formas de empatía en Max Scheler*. Ed. Sinergia, Guatemala, 2019, 359 pp. Me avergüenza citarme tanto, pero no menos me avergüenza ser tan celosamente ignorado en España por ciertos colegas que jamás hacen la menor referencia a mi trabajo. *Scripta scripta*.

⁵⁴ Moffatt, A: *Psicoterapia del oprimido. Ideología y técnica de la psiquiatría popular*. Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1988, p. 79.

la lleva al exterior por un agujero o túnel realizado en la tierra”⁵⁵. Claro que, digámoslo *cum mica humoris*, a los *bataks* quizá les resultara tan chocante como a nosotros ver aquí a tanta gente dedicada toda su vida a acumular méritos académicos para lograr una plaza de profesor adjunto en cualquier pueblo, sí como la cantidad de movimientos de aproximación endogámicos *ad hoc*. Al final, amencia o demencia, todo repercute en las actitudes corporales y en las circunvoluciones cerebrales. Por eso, y para descomprimir los cerebros, un poco de amoroso humor al año no hace daño.

IV. LAS PERSONAS NO ME DAN MIEDO. CON LAS PERSONAS HAY QUE TENER COMPASIÓN (CRÍTICA DE LA RAZÓN PRÁCTICA)

1.

Únicamente los celebrantes del día del *orgullo gay* parecen vivir felices en su nube arco iris, con el nuevo paraíso en la tierra mientras los nubarrones de la catástrofe cósmica comienzan a descargar su fuliginoso detritus sobre la tierra. El sexo hasta en la sopa, toda una metáfora de la humanidad. Sin embargo, los terrícolas menos orgullosos nos encontramos

⁵⁵ *Ibi*, p. 147.

desmoralizados porque el hombre de carne y hueso se nos va, *aterrorizados* ante la perspectiva del *hombre de silicio posthumanista* que se nos viene, y *deshidratados* en un mundo al que llamaremos *Anhidros* como en la *Utopía* de Tomás Moro, porque los ríos ya no llevan ni siquiera agua. No es como para tirar cohetes. Hasta las venas de nuestros corazones se encuentran resacas, sin aquella sangre que al menos corría por las *venas abiertas de América Latina*. Amigo Eduardo Galeano, donde no hay mata no hay patata.

Sin embargo, en medio de este lunático desierto en que hemos convertido a la Tierra, y a fin de administrar dignamente el fracaso, en lugar de optar por el *egocidio* o por el suicidio, nosotros no estamos dispuestos a abandonar el barco a la vista del naufragio, eso lo dejamos para las ratas asustadas. En lugar de convertirnos en profetas de la desolación, quizá no nos quede mientras tanto otro cultivo que el de la *logoterapia* entendida como *tanatoterapia propositiva*, pues la logoterapia es el descenso a los lugares más bajos del *yo autófago decaído para resucitar con ellos*. Son tiempos de *cerEBros compasivos y misericordiosos*, es decir, de corazones tiernos. Si siempre lo fueron, ahora lo son mucho más.

Thanatos quiere decir muerte y, si comienzo por “descubrirles” esto, no es para darles un susto de muerte, disculpen mi humor negro. Pero la logoterapia, en la medida en que busca resignificar propositivamente el sentido de la existencia, no debe eludir el tratamiento de aquello que más íntimamente se besa con la vida, es decir, la muerte, *el miedo a la muerte*, y cuanto hay en cada uno de nosotros de muerto. Podríamos, pues, denominar a la tanatología *muertología* con intención sanadora; yo me atrevería a aventurar que una buena parte de quienes estamos aquí tenemos algunas dimensiones de nuestro yo psíquico deterioradas, incluso gravemente, pero también enormes ganas de sanearlas traduciéndolas en vida abundante y plena de sentido. Atendiendo a esto último, la logoterapia no consiste en afrontar la muerte para irse al otro barrio tan contento y feliz haciendo *pío pío* como los pajaritos, ni en crionizar el cadáver para el futuro, a modo de preámbulo teórico para el embalsamamiento, pura egiptología. En la medida en que vida y muerte constituyen el haz y el envés de una sola realidad, deberíamos afrontar lo que en cada uno de nosotros haya de muerto en orden a su correspondiente afrontamiento sanador, y en ese preciso sentido Asclepio no hubiera debido pasar nunca de moda. No queremos ser la imagen viva de la muerte, ni la pálida imagen de difunto; lo que queremos es reconocer que vida y muerte se copertenecen y que, si bien la enfermedad somos nosotros, también la salud somos nosotros. Somos lo vivo que lo muerto no ha sabido matar y lo muerto que la vida no ha sabido resistir. *Muerto* es todo aquello que funciona disfuncionalmente, aquello que no va en la línea de la realización

perfectiva de nuestras posibilidades, aquello que está inculto o no cultivado, que está torcido, chueco. Todo ello anticipa en nosotros la presencia activa de *thanatos*, porque tal presencia es –como suele decirse, aunque quejumbrosamente- *ley de vida*. Ahora bien, siendo lo muerto ley de vida, porque la vida pertenece a la muerte, también la muerte pertenece a la vida, a la que parasita: *la muerte es un parásito necesario de la vida*, la vida introduce signos patognomónicos al vivir. La logoterapia nació para asumir el sufrimiento de los campos de concentración de nuestras vidas con la precisa intención de practicar la hospitalidad sin huir de lo difícil de los espacios *angostos*, es decir, de las angustias. *Logoterapia no es eutanasioterapia*, embalsamamiento químico después de la anestesia para después disfrutar sin remordimientos por haber enterrado y abandonado al cadáver putrefacto, hecho podredumbre. La logoterapia es para descender a los infiernos del dolor y resucitar: *non omnis moriar*, como dijera el gran Virgilio.

2.

En el *credo* cristiano confesamos que Jesucristo *descendió a los infiernos*, es decir, a los lugares más bajos y sin salida. En su formulación latina se usaban dos términos sinonímicos para mencionarlos, *infernus* (en plural *infernus*), e *inferiora*, aquellos lugares inferiores que significaban lo peor que le había podido pasar al difunto. “*Vete al infierno*” se decía y sigue diciéndose. No sólo las personas con la moral por los suelos, sino también las de alta autoestima visitan sus lugares más bajos cuando entran en caída libre, en este terreno no existe un *hasta aquí hemos llegado*, de ahí su horror y su desesperación, su cadencia de decadencias cuyo pánico activa todas las alarmas. A cada infierno no le basta su afán, pues como cáncer con metástasis busca expandirse, ir más allá; hay infiernos del tú que me inferiorizan, e infiernos del yo que me anulan, como a *Bartleby el escribiente*: en ambos casos uno se ha convertido deliberada o indeliberadamente en un problema para sí mismo. Como aquel endemoniado de Gerasa, también tú dejas salir por tu boca inmundas (sin mundo, sin asidero que frene la caída) tus propios demonios, a veces con la anuencia páfida de quienes tienen la habilidad de despertártelos y la incapacidad para exorcizártelos.

Pero ¿y tú mismo?, ¿todavía no sabes tú mismo cuáles son tus lugares más bajos, cuál el legionario nombre de esa manada de demonios que te enfrentan y enemistan a ti mismo contra ti mismo y contra los demás? Pues sábetelo que tu nombre es *legión* porque tú mismo, tu mismo yo, es al mismo tiempo uno contra todos y todos contra uno. Si entonces te miras al espejo y te desconciertas todo entero, te encontraras con tu urraca, misma que en un nido pone los huevos y en otro nido grita sus gritos: cantas raro, pajarraco, repites letras y letras y nadie atiende a tu canto. Al

menos las viudas romanas revalidaban su virginidad bañándose en el río Canuto, pero tú, en pleno río *Algé* de tu decadencia, careces de an-algésicos para purificarte. Cuando esto se produce la corriente arrastra tu cadáver. Por si eso fuera poco, nadie decae en solitario la caída se produce en racimo, decayendo nosotros decae todo nuestro universo relacional, *l'enfer c'est les autres*, la caída de los otros me arrastra. *L'enfer enferme*, el infierno encierra y recluye, *l'enfer me ment*, el encierro infernal me miente sobre mis posibilidades valetudinarias, según Jean-Luc Marion.

Un hombre tan enfermo como Federico Nietzsche sabía mucho de todo esto cuando escribía: “Sólo el gran dolor, aquel lento y amargo dolor en el que somos quemados con madera verde, el que se toma tiempo, nos fuerza a nosotros, filósofos, a bajar a su última profundidad. Dudo si tal perfecciona, pero sé que nos hace más profundos”. Una vida que presume de no haber caído tendría que ser muy joven, porque las vidas adultas tienen más difícil arrojar su primera piedra acusativa. Presumir de no haber tropezado tal vez sea la máxima piedra de escándalo, dime de qué presumes y te diré dónde tropiezas y caes. En francés *caer* es *tomber*, y tumba *tombeau*, dada su condición caediza, no firme, enferma, enfermiza, o enfermable. *Memento homo*.

3.

En el *credo* cristiano al artículo de fe *descendió a los infiernos* le sigue inmediatamente *resucitó dentro de los muertos* (*apó ton nekron*), donde la partícula *apo* seguida de genitivo significa “desde dentro de” las entrañas de los muertos, y donde el aoristo *egerze*, al mismo tiempo *pasado y presente*, debe traducirse por *resucitó y sigue resucitándonos a cada uno de los necrosados*. En suma que, habiendo compartido los lugares más bajos de cada hombre *desde dentro de ellos* y cargado con la cruz de ellos, Jesucristo *resucitó* cargando con sus muertes agusanadas y restaurándolas por el poder de su amor, más fuerte que la muerte. Dicho sea, por supuesto, sin otra moralina que la derivada de la lengua griega. En el mismo sentido recordemos que *nekros* significa *muerto*; si me doy un golpe en una uña se me necrosará su tejido ungular; un lunar, una verruga, son necrosis, contra lo cual no puede ninguna industria del maquillaje *glamuroso* en su fallido intento de evitación de la oxidación a la que todos los cuerpos están sujetos. De esa condición ni siquiera se salva *Miss-Felizmente-Casada-y-con-una-Familia-Desproblematizada*, transformada por el maquillaje en osculeadora especializada en transmitir a tus gafas la muerte por contagio. Las peores son las del alma, por eso necesitan mucha sanación (eres mi amigo cuando conoces las necrosis de mi neurosis y las ratas de mi velero, y sin embargo no huyes).

También el latín (y su derivado, el desmejorado español) designa con la palabra *infirmas*, a esa fragilidad vital *no firme, enferma*. No

caminamos firmemente desde la cuna hasta la tumba, y quienes lo niegan no se han detenido a pensar lo suficiente, pues es propio de los cojos no reflexivos echar la culpa al empedrado, al suelo, a la irregularidad y anfractuosidad del terreno, a todo lo que se mueve, antes que a sí mismos; el cojo no sólo es cojo cuando lo es, sino cuando se obstina en negarlo, y entonces *cojitranco de todas las patas*.

Porque quien cojeó en vida seguirá cojeando *post mortem*, la *tanatoterapia* no tiene por misión ayudar a decir más plácidamente *adiós mundo cruel* después de unas palmaditas en la espalda, eso sería *eutanasioterapia* a mansalva para predegollar al bicho en el matadero con el suficiente cloroformo. No. *La muerte es para resucitar en lo posible de las necrosis confiriéndolas un horizonte de sentido frente a la tiranía del No*. Cuando *Necrología* aplasta a *Biología* sin luchar contra la primera muere incolora, inodora e insípidamente. Ciertamente, con tres heridas yo, la de la vida, la de la muerte, la del amor (Miguel Hernández), o más sintéticamente con esas dos heridas tiene todo hombre que pelear con su Leonor (el amor) y con el mar de la muerte (Antonio Machado). Pero a la pregunta *¿qué hacemos con la muerte?* la logoterapia responde: *vivirla con sentido, resucitarla* de sus propias excrecencias, recuperar el derecho de cada uno a vivir su propia muerte dotándola de significado para la vida. Todo es necesario en la lucha proactiva contra la desconsolación y contra las *fuerzas del No*. Contra la satanización de la vida acusativa que siempre dice *no* es necesaria una *metanóesis*, un cambio del corazón y no solamente un cambio de pastillas: un cambio del corazón del propio corazón.

4.

Llegados aquí, ¿por qué habría de luchar contra tu enfermedad, contra tus infiernos, arriesgar por ti cuando ni siquiera has sido bueno conmigo, e incluso cuando todo lo contrario? Es la pregunta de Freud.

En todo caso, *¿por qué sabes tú sin el menor género de dudas que yo te amo, y por qué sé yo sin el menor género de dudas que yo soy amado por ti*, acaso porque te llevo flores en un impulso amoroso calentito, porque me declaras amor eterno, porque intuyes incluso mis palabras no dichas al declararte reina de la creación, porque al verte veo como Dante *uscire il sole, la luna e l'altre stelle*? Pues no, ni siquiera por eso; nadie puede demostrar a nadie que le ama, eso solamente lo sabe *aquel a quien tu dolor le duela*: porque si a ti te pasa algo malo a mí también; porque si a ti te percibo amenazado también yo me siento amenazado: el *“tú me dueles”* constituye la prueba irrefutable de que eres persona importante para mí. Difícilmente podré creer a quien me diga *I love you so much* si no le duele mi dolor, mi decaimiento, mi depresión, mi entera devastación. Quien se conduce contigo te dignifica, incluso aunque no lo merezcas; eres amad@, luego existes. Cuando soy amado por ti y por mí sé que existo en la forma

que fuere, pues rara vez, si alguna, se da lo uno sin lo otro; cuando tal cosa, ambos existimos a una. Por el contrario, aunque seas el más perfecto olímpico, o así lo creas, si nadie te quiere ni compadece no esperes que vaya a reconocerse en ti empáticamente: para él no existirás, y, aunque se lo supliques en verso, él siempre te dirá: *yo pa ti no estoy*.

Tanto es así, que el *principio de identidad del yo*, vale decir, *quién sea yo, no está únicamente en mí* (nada más patético al respecto que el racionalismo contenido en las respectivas teorías de las pasiones de Descartes y de Spinoza), *sino en la compasión que tu tú despierta en mí*. Poco enseñó la vida a quienes no les enseñó a soportar el sufrimiento, propio o ajeno; más aún, hasta que uno no se apropia del ajeno dolor no sabe quién es. Por este descentramiento alterificante o tuificante de mi subjetividad sé quién soy yo, aunque no quiera serlo. Y, a la recíproca, tú sabes quién eres por el cómo de tu compadecerte contigo, aunque no lo quieras. Mi yo no está en mi yo sin el tuyo, mi yo me lo das tú cuando te compadesces conmigo. Y a la recíproca. Esto es algo que saben muy bien los buenos padres. Si tienen un hijo que les ha salido peor, mal, o muy mal, se vuelcan con él. No existe relación alguna de proporcionalidad en la paterno-maternidad, todo en ella es injusto o desproporcionado con el hijo pródigo. Si los padres no son compasivos con sus hijos no son padres, se acabó la sabiduría de la especie. Del mismo modo, también el necesario amor otorgado a uno mismo por sí mismo tiene su raíz en la *com/pasión*: la persona no *compasiva*, la persona *despasiva*, lanza sobre el otro el padecimiento que no reconoce en sí misma.

No te abrazo, luego tú no existes para mí. No me abrazas, luego no soy importante para ti. Nadie abraza, luego nadie existe. Muy enferma ha de estar una sociedad si sus abrazos únicamente devienen sórdida ocasión para desfogar represiones. Lo que el árbol de la humanidad tiene de florido vive de lo que tiene sepultado, todo su subsuelo amable, invisible, intangible, inaudible, me hacer ser mejor yo. Y esas raíces las moja la lluvia de tus lágrimas compasivas. Incluso a los corazones resacos les ayuda esa terapia porque el cuidado del otro ve más cosas de admiración que de deprecio. Cuando se acaba esa esperanza compasiva, puedes morirte perro.

He repetido cientos de veces ante auditorios muy diferentes de muchos países esto mismo, e incluso lo he escrito en muchos libros, pero cada vez que así lo hago me emocio, se me hirsuta el cabello con aquello que, desde la lógica de la simple amistad útil parecería imposible, y que sin embargo aquí constituye la piedra angular: *la gratuidad del soy amado sin motivo ni razón, te duelo porque me amas, porque me amas te duelo*.

Pensar cualquier cosa es fácil para cualquiera, ahora mismo podemos representarnos mentalmente una ballena tan grande como el monte Everest, la imaginación es, como dijera Teresa, la loca de la casa. También en la

relación *yo-tú* puede resultar muy interesante la comunicación meramente especulativa, pero un intercambio de pensamientos fríos no pasa de ser una relación de mercancía-sujeto a mercancía-objeto. Sin embargo, la *logoterapia cálida* es una relación constructiva y fructiva de los sentimientos de un sujeto personal a un sujeto personal en la que el uno se siente existiendo en el otro. Cuando dos corazones laten juntos como uno solo, según lo escribiera Horacio a un amigo, tú y yo somos *la misma arpa tañida ahora por dos manos (main ténant)*. Mi *ahora* es tu mano sosteniendo la mía, tu *ahora* es mi mano sosteniendo la tuya. En ese arpegio existencial antes olvidado y cubierto de polvo, como la lira de Becquer, y ahora transformado en música celestial, el hombre empíreo se transfigura en hombre hiperbóreo. Aunque hablara todas las lenguas y supiera todos los saberes, si la campana de Eros no retiene, es vana y vacía. No en vano la *vanidad* es la metáfora estética por excelencia: estar lleno de vacío.

5.

El sufrimiento es el precio del amor. Me amas, luego existo, pero mi existencia tiene para ti un precio: *si me amas tienes que intentar rescatarme*, y eso porque mi sufrimiento hace saltar las alarmas de tu propio sufrimiento. No hay redención sin efusión de sangre. La vida de quien ama es vida por el amante como *rehén del otro que me necesita*. Ahora bien, si no puedo con tanto dolor, ¿qué hago? Pues no cargar con él. A lo imposible nadie está obligado. Si te va a matar el ajeno sufrir, procura generar tu propio cinturón autoprotector, y aíslate. O da la vida por él, si el martirio por amor no te repugna. De tu libertad depende todo en última instancia. Yo no puedo con todo, ¿ustedes sí pueden? Pero *podremos curar más y mejor si amamos más y mejor*. De cualquier modo, aun el amor tiene su límite compasivo, en ocasiones no podemos amar más de lo que podemos si queremos seguir vivos. Ahora bien, tampoco debemos sanar más amando menos. Algo está claro en logoterapia: que *nuestra ayuda sólo tendrá suficiente energía y potencia profiláctica si en ella nuestro amor es más grande que nuestra obligación o nuestro sufrimiento por el otro*; por el contrario, si tenemos más miedo o sufrimiento que amor, no podremos auxiliar ni aconsejar, e incluso nos destruiremos a nosotros mismos cargando con un peso superior a la resistencia de nuestras espaldas. En este caso más que en ningún otro, hagámonos espaldas y venga a nosotros tu reino, hermana prudencia. El sufrimiento es elástico, o te pasas o no llegas, pero en esto como en todo hay ciertos dolores que solo el amor de una madre o de alguien que nos prohija puede soportar. Por lo mismo, pero en sentido contrario, hacer sufrir es la única manera de equivocarse; el verdadero problema del mal es el sufrimiento innecesario que causamos. Sea como fuere, *quien sufre tiene prioridad*.

Por otra parte –muy importante- el terapeuta no debería prestarse a que el paciente fuese feliz a cualquier precio, como si la vida fuese una excursión, una *ataraxia*, un nirvana de flojera, una indiferencia, o un engaño. Un padre no debería engañar a su hijo tetrapléjico en silla de ruedas con la promesa de que un día volará junto al sol, pues se le desprenderían las alas como a Ícaro. La *razón cálida logoterapéutica* no está hecha para señorit@s constipad@s, pero tampoco para superhéroes como Prometeo, Sísifo, o Faetón que buscan a cualquier precio la liberación de las cadenas para en ese patético empeño perecer. No vale ayudar a crecer sin sufrimiento pero en la dirección del corazón duro, hay que ayudar sobre todo a sanar el alma para dignificar también el sufrimiento compasivo con el prójimo (no únicamente con el próximo) y con uno mismo, nadie debería ser dado de alta logoterapéuticamente si no estuviese moralmente sanado o en vías de sanación moral. Eso, ni *ante terapiam*, ni *post logoterapiam*, ni *extra logoterapiam*. *Logoterapia a cualquier precio no, gracias*. La logoterapia, a diferencia de otras formas de praxis clínica, exige decencia moral y no una mera restauración de fachada para arrojar personas “sensatamente curadas” a una sociedad indecente a fin de que se acoplen a ella. No. Es para hacer incursión en el sufrimiento con el cual ayudar a sanar el alma, y para así ofrecerse como testimonio de esperanza universal: es para desalambrar, para desencadenar, para liberar a los presos de su angustia concentracionaria, para que los ciegos vean, los sordos absurdos oigan y los paralíticos caminen. Como nos enseñó el maestro Kant, que de esto sabía mucho, no de la felicidad sino de la dignidad de ella, aunque nos cueste la vida, es de lo que trata la vida. De terapeutas indecentes libranos, Señor.

Rumiando estas cuestiones durante la mayor parte de mi vida, y conversando como Quevedo con los difuntos, ajenos y propios, aunque no siempre de forma consciente, brotó en mí al fin un día, como el sarpullido de la varicela que irrumpe y rompe, el libro *Ayudar a sanar el alma*, y algunos años después su concreción en *Soy amado luego existo*, cuando comprendí que *soy amado* es la respuesta al *soy sanado*, y que entonces puedo decir con rotundidad *luego existo*. Últimamente, y en la tercera rumia, la de *Me dueles, luego eres importante para mí*, he hallado sobre todo que, sin compartir el dolor ajeno o el propio, ni se ama ni se ayuda a sanar ningún alma, propia o ajena. Sin embargo, algo me está diciendo que necesito todavía una rumia final para tratar de completar la digestión, aunque no sé a ciencia cierta si tendré la fortuna de roer ese duro hueso. En efecto, a veces pienso –perdónenme las almas pusilánimes- que quizá el último movimiento digestivo que me espera sea el de *defecarlo todo*, devolver todo a la vida vivida, aceptar esa fértil podredumbre compuesta de sufrimiento y de muerte que forman parte de la existencia, y que configuran su plenitud. De nuevo, inmerso en las heridas de la vida, de la muerte y del

amor, quizá en ese catártico momento de aceptación llegue el filósofo a superar su propia condición de gusano para convertirse en crisálida poética, y ello no por negación sino por superación.

5.

La compasión es *un estado de ánimo que abarca el sufrimiento del otro y del mío propio junto a un compromiso básico para tratar de aliviarlo a ser posible en la entera humanidad*. Existen dos tipos de *compasión*: la *unívoca* (en la cual tan sólo uno de los miembros compadece al otro o a los otros) y la *biunívoca* (en la cual miembro a miembro se compadecen entre sí). En ambos casos la compasión puede ser de igual intensidad o de desigual intensidad entre sus miembros. Teniendo esto en cuenta parece inexacto afirmar que existen *dos situaciones en que resulta sumamente difícil ser compasivo*, una cuando estamos padeciendo un gran sufrimiento (cáncer terminal, muerte súbita de un hijo), y dos, cuando nos desborda un gran sentimiento de bienestar o felicidad. Según eso, “ambos extremos serían incompatibles con una actitud compasiva. El primero porque la persona está inmersa en un profundo dolor que puede anestesiar todo sentimiento favorable hacia el otro, y el segundo porque la inmensa alegría (haber conseguido un gran triunfo o un gran premio) nos hace refractarios a cualquier malestar”⁵⁶. Lo cual no hace mala la afirmación de que en la compasión influyen otros factores: la experiencia personal del sufrimiento (se es más compasivo si hemos experimentado cierto malestar en nuestra propia existencia), la proximidad o lejanía del sufriente (así sentimos más compasión por un familiar que por una persona del Extremo Oriente), y sobre todo lo que va a determinar nuestra compasión es el vínculo afectivo con la persona que sufre⁵⁷. También es cierto que existen dos colectivos que casi siempre generan compasión: los niños y los ancianos, un cáncer en un niño, o la soledad de un anciano, porque cuanto más indefensa sentimos a la víctima, más posibilidad existe de que sintamos compasión por ella. *A contrario sensu*, hay tipos de personas que no se muestran proclives a la compasión, por ejemplo, los psicópatas y los narcisistas, pudiendo incluso decir que en el fondo hay tantas clases de compasión como de personas compasivas.

Del mismo modo la compasión tiene que ver con los sistemas conceptuales y comportamentales de la gente; hay civilizaciones y culturas que son incompetentes compasivamente (para qué hablar del nazismo, del egoísmo roñoso, de la avaricia patológica, de la antropofagia en sus múltiples manifestaciones), cada una de las cuales pone de manifiesto la

⁵⁶ Rocamora, A: *Diálogo entre logoterapia y terapia de la compasión: antropología e intervención*. In “Nous. Boletín de logoterapia y análisis existencial”, 22, otoño 2018, pp. 40-41.

⁵⁷ *Ibidem*.

estructura antropológica de cada ser humano. Leída desde otro ángulo, la *incompasión* refleja la creatividad para el mal enraizada en los innumerables sistemas civilizatorios perversos. Cosmovisiones como las de *Federico Nietzsche* (en la medida en que según él “los débiles deben perecer” dada su condición de obstáculos genéticos evolutivos), de *Sigmund Freud* (para quien la compasión con quien me ha querido dañar conlleva una injusticia comparativa con aquel otro ser que me ha querido ayudar), de *Karl Marx* (a quien la compasión individual le resulta incompatible con la lucha de clases genérica), de *Baudrillard* (según él justificable sólo en cuanto que “metabolismo funcional” subjetivamente pacificador), o de otros muchos, son de todo punto contrarias a la compasión necesaria para regresar a una existencia personal.

Ni siquiera todas las formas de compasión que defienden los sistemas postmodernos son siempre trigo limpio. Comencemos por la *autoestima*. Ciertamente la *autoestima* es un sentimiento cálido comprensivo consigo mismo, una fuerza activa y positiva respecto de las posibilidades de uno mismo cuya patología es la *autocompasión*, ese darse lástima uno mismo a sí mismo regodeándose masoquistamente en las situaciones de error, fracaso o incompetencia. Si no tengo compasión conmigo mismo no podré tenerla contigo, pues nadie da lo que no tiene. Y otro tanto te ocurre a ti. Ni tú ni yo debemos desear para el otro lo que no deseamos para cada uno de nosotros. Pero tampoco tú podrás tener autoestima sin la que yo te dé.

Por otra parte, contra las psicologías posmodernas al uso, las cuales exaltan el gozo de la autoestima pero condenan la *fuerza moral imperativa, categórica*, que podría haber en ella, es decir, el sentimiento del deber, como si todo *yo siento que debo* fuera aberrante, hemos de decir que, si bien es cierto que el sentimiento de que *debo empatizar* no basta para *empatizar de hecho*, tampoco estorba, antes al contrario lo refuerza moralmente y del mismo modo incita a su cumplimiento efectivo. Por lo demás, cuando uno dice “siento que debo ayudarte en tu sufrimiento” se sobreentiende que no desea limitarse a lanzarte consejos sobre cómo el aconsejado deba ahogarse sin dolor en su barca a la deriva. En fin, sin acentuar el voluntarismo rigorista kantiano del deber por el deber, sentir que debo ser compasivo no impide serlo. Con quien, por el contrario, discrepamos es con el *emotivismo moral* que todo lo reduce al primado de los sentimientos sin la voluntad.

Hay también en las psicologías posmodernas al uso otro imaginario social que rechaza lo que denominan *verdades esenciales* (por ejemplo, la *compasión*) y defiende su carácter meramente optativo, a gusto de cada cual, en definitiva, relativismo: si te mola ser compasivo, adelante, de lo contrario también adelante. Semejante relativismo choca con la objetividad de toda escala de valores objetiva, incluso en personajes como Víktor

Frankl, por muy benemérita que haya sido su labor terapéutica: “En cuanto a la *relatividad*, dice, yo creo en una objetividad de la verdad, una objetividad de la correspondiente carga de sentido de la situación concreta en que nos encontramos, y también creo en la relatividad, pero en un sentido distinto del que suelen utilizar los filósofos cuando hablan de ella. Concretamente creo que existe la verdad objetiva y la veracidad, pero siempre de un modo relativo a una determinada persona y a una situación determinada”⁵⁸. Ahora bien, “los filósofos” no dicen lo que Frankl dice que dicen, antes al contrario, uno de ellos, José Ortega y Gasset, calificó a esa situación con el preciso nombre de *perspectivismo*: la verdad, siendo una, es captada por cada persona según su perspectiva particular. Así pues, buscar el *sentido* de mi vida particular sin la simultánea comunidad de sentido de los demás elimina cualquier voluntad de objetividad, como puso de relieve la fenomenología eidética de Husserl a Scheler. El actual “llegar a ser sí mismo” sin el común “querer llegar a serlo en la humanidad” antepone la voluntad del yo a la del *nosotros*. ¿Puede eso ser terapéutico? Pues un yo con sentido *personal* que pretendiera eliminar el sentido del *nosotros comunitario* entronizaría la ley de la selva en la que nos encontramos, donde no existe racionalidad comunicativa lo suficientemente significativa.

6.

Finalmente resulta imposible *compadecerse con alguien de algo* sin la *dolorosa* experiencia del *perdón* que resulta de haberlo otorgado sinceramente a otro que no se lo merece en absoluto, sobre todo cuando perdonar significa renunciar al derecho (objetivamente merecido) a tener sobre él la última palabra, porque el carácter subjetivo del perdón no anula la objetividad de la ofensa. Se trata de una experiencia dolorosa, acabamos de proclamar, pero añadimos algo más que es mucho más: el perdón verdadero *se alegra incluso de que le vaya bien al perdonado que no se lo merece*. Por eso, si el perdón entraña sufrimiento por parte de quien, corazón duro, pudiendo ganar pierde, entraña también gozo cuando se pierde por amor como alma bella. El perdón no es un mero ajuste de cuentas, y mucho menos un pacto conmutativo o sinalagmático entre deudores igualados por su deuda, es una sanación en la raíz que sólo los mejores pueden permitirse regalando sus derechos en favor de quienes no los tenían hasta ese momento. Semejante sanación es profundamente terapéutica y al propio tiempo sumamente ilógica, es la *ilógica lógica* del bien que está por encima de la *lógica lógica* propia de la ley del talión. Es una ruptura de la razón y al propio tiempo una sublimación de la misma. Y por eso quien renuncia al derecho por amor en favor de un amor sin

⁵⁸ Frankl, V: *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*. Ed. Herder, Barcelona, 2005, p. 56.

derechos es una buena persona, lo que Platón denominó un *justo*: aquel que por todos los hombres es capaz de padecer muerte, y muerte de cruz. Y lo que anteriormente los judíos habían denominado *zaddik*, el que junto a otros veintinueve sostiene el dolor del mundo. Y lo que el budismo denominó *bodissatwa*, aquel que pudiendo alcanzar la budeidad e ingresar para siempre en el eterno nirvana permanece voluntariamente en el mundo cruel para ayudar al acceso al nirvana a los todavía pecadores. Ahora podemos entender mejor por qué Emmanuel Kant, más allá de la fracasada dialéctica trascendental de su crítica de la razón pura, resolvió afirmar que si Dios no existiera los malos se burlarían de los buenos al no ser castigados, y que un mundo sin justicia ni amor no tendría sentido. Y ahora se comprende también mejor el porqué de los odios de los malos a los buenos: porque, incapaces de imaginar tanto amor en los buenos, se ven condenados a sí mismos y ahogados en el agua de su propia estimación, como Narciso.

Perdonar no es disculpar, según lo dice la misma palabra: *dis-culpe* significa *no me considere culpable*. Sin culpa no hay perdón, culpeme por lo que hice, pero perdóneme. El perdón no puede ser una sofronización de superficie, como tampoco una paz indigna. Muchas veces el perdón generará guerra en los violentos, en los cobardes, en los neutrales, en los satisfechos, en los muertos, en los vivales, en los endiosados, en los terminados terminales por creerse demasiado perfectos, en los flemáticos, en los moluscos. Perdonar es seguir en pie para abrir futuro, sólo el perdón es capaz de abrir futuro. En pie y al mismo tiempo arrodillados, pidiendo perdón por tantos fallos en primera persona. León Felipe nos enseña, como me lo enseñara a mí Emmanuel Buch, a decir perdón tanto por morir de éxito como por morir de viejo: nadie está a la altura. He aquí su enternecedor poema *Perdón*:

Soy ya tan viejo
y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido
y ya no puedo encontrarla
para pedirle perdón.
Ya no puedo hacer otra cosa
que arrodillarme ante el primer mendigo
y besarle la mano.
Yo no he sido bueno...
quisiera haber sido mejor.
Estoy hecho de un barro
que no está bien cocido todavía.
¡Tenía que pedir perdón a tanta gente...!
Pero todos se han muerto.
¿A quién le pido perdón ya?
¿A ese mendigo?

¿No hay nadie más en España...
en el mundo,
a quien yo deba pedirle perdón?...
Voy perdiendo la memoria
y olvidando todas las palabras...
Ya no recuerdo bien...
Voy olvidando... olvidando... olvidando...
pero quiero que la última palabra,
la última palabra, pegadiza y terca,
que recuerde al morir
sea ésta: Perdón.

De León Felipe a Martin Buber, *perdón*: “Cuanto más viejo se hace uno, tanto más crece en él la inclinación a agradecer. Agradezco a cada uno de mis prójimos, aunque ellos no hayan hecho nada particular por uno. ¿Por qué, pues? Porque cuando me encontró me encontró realmente; porque abrió los ojos y no me confundió con ningún otro; porque abrió sus orejas y aceptó confiadamente lo que yo le decía; y porque abrió aquello a lo que realmente uno se dirigía: el corazón que estaba cerrado”. Qué hermosa *Danksagung* al final de su hermosa vida.

“Señor... Ayúdame a decir la verdad delante de los fuertes y a no decir mentiras para ganarme el aplauso de los débiles. Si me das fortuna, no me quites la razón. Si me das éxito, no me quites la humildad. Si me das humildad, no me quites la dignidad. Ayúdame siempre a ver la otra cara de la medalla. No me dejes inculpar de traición a los demás por no pensar igual que yo. Enséñame a querer a la gente como a mí mismo y a no juzgarme como a los demás. No me dejes caer en el orgullo si triunfo, ni en la desesperación si fracaso. Recuérdame que el fracaso es la experiencia que precede al triunfo. Enséñame que perdonar es un signo de grandeza y que la venganza es una señal de bajeza. Si me quitas el éxito, déjame fuerzas para aprender del fracaso. Si yo ofendiera a la gente, dame valor para disculparme, y si la gente me ofende, dame valor para perdonar. ¡Señor... si yo me olvido de ti, nunca te olvides de mí!” (Mahatma Gandhi).

V. LA PERSONA ME DA MIEDO, EL PERSONALISMO COMUNITARIO NO.

1.

Me encuentro cómodo con la perspectiva de Mounier, aunque sé muy bien que no todo “*está en Mounier*”. Mounier es un gran referente a pesar de tanta *filosofía de puerta giratoria*, similar a la de tantos políticos reconvertidos en presidentes y asesores de grandes multinacionales. Desde luego “una persona es un ser espiritual constituido como tal por una manera de subsistencia y de independencia en su ser, ella mantiene esta subsistencia por su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos por un compromiso responsable y una constante conversión; ella unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla por añadidura a golpe de actos creadores la singularidad de su vocación”. Dicho lo cual, “la persona es en todo hombre una tensión entre sus tres dimensiones espirituales: la que sale de lo bajo y se encarna en un cuerpo; la que se dirige hacia lo alto y lo lleva a lo universal; la que se dirige hacia lo extenso y la lleva hacia una comunión. Vocación, encarnación, comunión son las tres dimensiones de la persona”.

Ciertamente “el problema de la unidad y de la identidad del *yo* atormentó durante largo tiempo a la psicología en tercera persona. En efecto, el *yo* era representado a la manera de un objeto, empíricamente compuesto y granular como los cuerpos; pero, como por otra parte afirmaba su preexistencia y su prioridad con respecto a los *estados* heterogéneos que lo constituían y que tenía la misión de compaginar, surgían múltiples imposibilidades y contradicciones acerca de ese espíritu excesivamente mecánico, o de esa materia demasiado espiritual. Si a cada minuto se modificaba, si a cada instante era diferente de lo que había sido, ¿cómo garantizar la permanencia de ese ente fluido y mudadizo? Y, si su unidad era la de un absoluto inmóvil, ¿cómo representar mediante él las transmutaciones de la vida? La verdad es que toda reseña exclusivamente objetiva de la persona deja escurrir de entre sus dedos esa coherencia cambiante que solo puede ser descrita por una psicología del acto, y del acto personal. La ‘identidad’ pura equivaldría al reposo absoluto, y por lo tanto a la muerte; sólo la encontraremos en la estéril uniformidad de la energía elemental, al término del proceso de degradación de la materia, o en el vacío de la negación lógica. El *yo* es unívoco comprometiéndose en un acto continuo. Es una acción flexible y diversa, atenta y combativa, que se vale del vigor del cuerpo como de un fundamento macizo, y que se prolonga por algún aspecto hacia un *más-ser*. Por otra parte, aún en su permanencia empírica, imaginar la presencia del *yo* como una presencia continua, o como un hilo uniforme en el que se ensartan a modo de cuentas heterogéneas los diversos ‘estados’ anímicos, equivaldría a incurrir en un grave error. Su perseverancia es una vibración incesante, un movimiento perpetuo de la quietud a la angustia, de la

derrota al triunfo, de la fe al escándalo. La constancia del *yo* no se reduce a embalsamar una identidad, sino que consiste en alimentar una tensión dialéctica, y en domeñar las crisis periódicas a través de cuya historia accidentada se desprende un destino. En ciertos enfermos subsiste un *yo* que reflexiona sobre su caso, compara los estados anteriores y los estados posteriores, pero se pierde poco a poco en medio del vasto mundo. La extrañeza proyectada sobre el mundo circundante acaba por invadir el *yo*, y por concentrarse en él. Algunos elementos psicológicos son acompañados por la conciencia de no pertenecer al sujeto, que asiste a ellos como espectador indiferente, sin llegar a reconocer su propia huella, incluso sobre las sensaciones corporales más fundamentales. En el límite, niega su cuerpo, percibe sus voluntades como automatismos. ‘No soy más que una máquina, dice un enfermo a Jaspers, más que un autómeta. No soy yo quien siente, habla y come. No soy yo quien sufre y quien duerme. Yo no existo ya del todo. Estoy muerto’. Otro está convencido de que son hilos los que mueven sus brazos y sus piernas. Otro afirma a Ribot que había sido matado en la batalla de Marengo. A menudo los esquizofrénicos se dispersan al mismo tiempo en este mundo exterior del que, de niños, han tardado tanto tiempo en liberarse. ‘¿Por qué me golpeas?’, dice uno de ellos a alguien que sacude una alfombra. Otros se sienten como un punto matemático; no viven más que en los objetos. Este sentimiento puede tomar forma obsesiva. Un enfermo se pasaba el día preguntándose si existía. ‘Pienso, luego existo’, se dice; sí, pero no pienso siempre. Y, puesto que es necesaria una cierta cantidad de pensamiento para vivir, ‘¿tengo yo la cantidad suficiente?’. Se toma el pulso. ‘¿Tener pulsaciones es no existir?’. Pero el acto por el cual se palpa la muñeca, ¿no es un acto maquinal? Cuantos más cálculos hace, más insiste en la obsesión. La afirmación del *yo*, como la palabra indica, no es solamente la actitud autoritaria por la cual el *yo* individual se afirma, se opone e impone su voluntad de intrusión y de salvaguardia. Es la consolidación de una realidad móvil y progresiva, que se descubre, se enriquece y gana en autoridad interior. La vida personal encuentra sus caminos en la estructura interior de la persona. El hombre personal no es una existencia maciza, interiormente inmóvil o puntual, más o menos ciega al exterior, como lo hacen imaginar tanto las psicologías materialistas como el idealismo individualista. El principio de superación es tan esencial para la vida personal como el principio de realidad y el principio de interioridad. Ella no se mantiene más que por él, del mismo modo que la bicicleta o el avión no se mantienen más que por su velocidad. El hombre no se mantiene en pie más que superando continuamente lo dado, el hábito, lo adquirido. Es otra manera de expresar que la vida personal gravita sobre el porvenir. No es el menor problema de la vida personal el de inventar y mantener una cohesión y un equilibrio entre estas tres solicitaciones del *yo*”. Auténtico *Tratado del carácter*.

Así pues, “¿qué es, pues, para nosotros *lo espiritual*? Esta es nuestra

jerarquía de valores: primacía de lo vital sobre lo material, primacía de los valores de la cultura sobre los valores vitales; pero primacía, sobre todos ellos, de esos valores accesibles a todos en la alegría, en el sufrimiento, en el amor de cada día, y que, conforme a las definiciones de los vocabularios, llamaremos valores de amor, de bondad, de caridad. Esta escala dependerá intrínsecamente, para algunos de entre nosotros, de la existencia de un Dios trascendente y de unos valores cristianos, sin que otros compañeros la consideren como cerrada por arriba. La libre elección constituye una condición previa a una adhesión sincera a estos valores. Estos valores están encarnados en unas personas destinadas a vivir en una comunidad total. No hay comunidades profundas y duraderas si no son de personas. El capitalismo y los estados totalitarios nos proponen una sociedad opresiva sin verdadera comunión. El individualismo abstracto, jurídico, egoísta y reivindicativo no nos ofrece más que una caricatura de la persona. Contra estas dos corrupciones nosotros debemos instaurar ese régimen *personalista y comunitario* que las desarrolla una por la otra. Nunca afirmaremos lo bastante que no creemos en el milagro de las instituciones. Estas pueden hacer mucho en favor de la opresión, y por eso nos rebelamos contra las que son opresoras, y por eso trabajamos por reemplazar aquellas que corrompen las costumbres y bloquean la máquina. Pero no son las instituciones las que hacen al hombre nuevo; es un trabajo personal del hombre sobre sí mismo en el que nadie puede reemplazar a nadie. Las instituciones nuevas pueden facilitar la tarea, pero no asumirán su esfuerzo. Incluso las mismas facilidades que le procurarán, si a ellas no les arrastra otro vigor espiritual e interior, le conducirán lo mismo a la relajación que a la renovación. Las políticas juegan con nuestras cobardías. Nos hacen esperar nuestro sueño de un milagro institucional y nos alejan al mismo tiempo del esfuerzo orgánico siempre urgente. Deberían incitarnos a comenzar en nosotros mismos desde ahora un trabajo de conversión”.

Los relacionamente pusilánimes, y los hay en abundancia, “dicen que no es posible estar cerca más que de dos personas o de un pequeño número de ellas: amor, amistad, pequeño grupo de camaradas, de fieles, de militantes. Este agotamiento rápido del impulso comunitario amenaza a las mejores comunidades con degradarse en sociedades cerradas. No siguen siendo elementos de un universo personal más que si cada uno se mantiene virtualmente abierto a la universalidad de las personas. En una organización personalista hay responsabilidad por todas partes, creación en todas partes, colaboración en todo: no hay gentes pagadas para pensar y otras para ejecutar, y las más favorecidas para no hacer nada. Pero esta organización no excluye la verdadera autoridad, es decir, el orden a la vez jerárquico y viviente, en que el mando nace del mérito personal, sino que es sobre todo una vocación de suscitar personalidades, y aporta a su titular, no un suplemento de honores o de riqueza, o de aislamiento, sino un cúmulo de

responsabilidades”.

Contra pusilanimidad, carácter: “Hay que sacrificar cosas. A veces lo mejor. Yo a los treinta años sacrifiqué la música y aún no se me ha curado la herida, pero no se puede hacer todo. *El acontecimiento será nuestro maestro interior*”. “Nosotros hemos elegido. En nuestra investigación no hemos querido solamente tratar del hombre, sino combatir por el hombre. Nadie, por lo demás, trata objetivamente acerca del hombre”. Efectivamente “una persona se prueba por unos compromisos. Un compromiso no es un carné de partido: excelente medio para liberar la conciencia, para huir de las cargas del pensamiento y de la acción auténticas. Ni siquiera es una pasión militante, activa: hay hombres a los que les gusta moverse, o alimentar un cierto calor sentimental que poseen; ellos conmueven, sudan, demuestran; yo pregunto: ¿qué sacrificios hacen? Es un error creer que la autenticidad se consigue con simples proclamas de *no-conformismo*. El no-conformismo no es una virtud. No hay valores negativos. Hay una forma, hoy bastante frecuente, de no-conformismo que no es, por así decirlo, más que una especialización del conformismo. Se rechaza el sistema de valores más extendido para adoptar el de una categoría social más reducida hacia el que os arrastra algún interés, algún instinto, alguna desgana o alguna manía. Sin embargo, se comportan exactamente como el más vasto rebaño: repetidores de palabras, y buscadores de tranquilidades sociales. Las virtudes que han dado el impulso para pasar la frontera desaparecen una vez atravesada ésta. La ‘*sociedad de los espíritus*’, en la que la serenidad de un pensamiento impersonal aseguraría la unanimidad entre los individuos y la paz entre las naciones, ¿como si el pensamiento pudiera ser impersonal!, ¿como si una especie de esperanto para filósofos pudiera reemplazar el esfuerzo de cada hombre particular por dominar sus pasiones particulares y descubrir los valores objetivos! Y ¿qué comunidad se forjaría así? Un pensamiento impersonal sólo puede ser tiránico. Si algunos rechazan el introducir la acción en el pensamiento y en la más alta vida espiritual es porque tienen de ella implícitamente una noción mezquina, reduciéndola al impulso vital, a la utilidad o al devenir. Pero es necesario entenderla en su sentido más comprensivo. Por parte del hombre, designará la experiencia espiritual integral; por parte del ser, su fecundidad íntima. Entonces se puede decir: lo que no actúa no es”.

En fin, neurocientíficos, “la revolución personal comienza por una toma de mala conciencia revolucionaria. No es tanto la toma de conciencia de un desorden exterior, científicamente establecido, cuanto la toma de conciencia por el sujeto de su propia participación en el desorden hasta aquí inconsciente, hasta en sus actitudes espontáneas, en su modo de ser habitual. Viene entonces la renuncia y, después de las negaciones, no una máquina de ‘soluciones’, sino el descubrimiento de un centro de convergencia de las luces parciales que suscita una meditación continuada, unas voluntades particulares que nacen de una voluntad nueva, una conversión continua de

toda la persona solidaria, actos, palabras, gestos y principios en la unidad cada vez más rica de un solo compromiso. Tal acción está orientada hacia el testimonio, y no hacia el poder o el éxito individual.

Una filosofía para la que existen valores absolutos siente tentaciones de esperar, para actuar, a unas causas perfectas y unos medios irreprochables. Es lo mismo que renunciar a actuar. Sólo nos comprometemos en combates discutibles y en causas imperfectas. Rechazar, por tanto, el compromiso, es rechazar la condición humana. Se aspira a la pureza; demasiado a menudo se llama pureza la ostentación de la idea general, del principio abstracto, de la situación soñada, de los buenos sentimientos, como lo revela el gusto desmedido por las grandes cosas: lo contrario de una heroicidad personal. Este cuidado inquieto de pureza expresa a menudo también un narcisismo desenfrenado, una preocupación egocéntrica de integridad espiritual, desgajada del drama colectivo. Más banalmente, lo que sucede es que se cubre con un manto real la impotencia, la pusilanimidad, es decir, la puerilidad. No solamente no conocemos nunca las situaciones ideales, pero ni siquiera escogemos el punto de partida en que se nos pide nuestra acción. Nos atacan de modo distinto y con una urgencia tal como no preveían nuestros esquemas. Tenemos que responder enseguida apostando e inventando, cuando nuestra pereza se disponía a dar soluciones hechas. Se habla siempre de *comprometerse* como si dependiera de nosotros; pero estamos ya comprometidos, embarcados, preocupados. Por esto la abstención es ilusoria. El escepticismo es todavía una filosofía; la no intervención entre 1936 y 1939 ha producido la guerra de Hitler, y quien no *hace política* hace pasivamente la política del poder establecido. Péguy impone este programa: ‘Decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad, decir tontamente la verdad tonta, enojosamente la verdad enojosa, tristemente la verdad triste. No buscar la paz de conciencia en la abstención del silencio. Quien no grita a voz en cuello la verdad, cuando sabe la verdad, se hace cómplice de los mentirosos y de los falsarios’”.

2.

Estamos con Mounier en su crítica de la *razón que piensa pero no existe*. *La persona es relación* desde el momento mismo del que nace, el niño hace a la madre en cuanto madre, y la madre hace a su hijo en cuanto hijo. No es, como creyera Freud, que exista un instinto materno parecido al instinto animal; no hay ningún instinto, lo que hay es la configuración recíproca entre yo y tú, en este caso madre e hijo, y esa relación es *materno-faciente y filio-faciente*, la relación convierte a la madre en madre gracias al hijo y al hijo en hijo gracias a la madre. Y, si esa relación no es solamente intelectual, ni económica, ni social, ni política, sino que siendo eso es en todos los casos amorosa, lo que define a la madre es lo mismo que define al hijo, la relación de amor; somos relación y la relación

personal por excelencia es relación amorosa: cuanto no se mueva en esa dirección es relación *pre*/personal o *im*/personal. En la lengua *aymara* no existe tan sólo un caso para decir *yo* y solo *yo*, sino un *yo* inclusivo y un *nosotros* del mismo signo, por lo tanto varios sujetos-nosotros.

3.

El primado del *yo* viene especialmente de la filosofía de Renato Descartes, el cual define a la persona como un *yo que piensa*, y no como un *nosotros que nos amamos*. Basta con leer *El apoyo mutuo* de Kropotkin que, frente al “sobreviven los que mejor matan” de Darwin, demuestra que sobreviven los que más apoyan a los demás siendo apoyados a su vez por los demás. Antes de que un servidor oyera hablar de la neurofisiología, no le tuve la menor simpatía a Descartes, ahí están mis libros, precisamente porque Descartes es dualista (separa la *res cogitans* de la *res extensa*, y por eso en su ganadería no hay *reses bravas*), y además porque “descarta” cuanto tenga que ver con el cuerpo, es decir, con la *res extensa*. Para pensar el alma elimina el cuerpo. Por eso en lugar de aceptar el valor de los sentidos corporales (incluyendo la memoria, la imaginación, los sentimientos, las emociones, y todo lo visible e invisible), acepta las ideas innatas. El cuerpo es caca, pis y culo. Por si fuera poco, el señor Renato estudió con los jesuitas, mitad cuerpo (solado) y mitad pensamiento (monje), de casta le viene al galgo el dualismo. El esencialismo cartesiano niega la diferencia cuerpo-espíritu para reducirla a identidad, pues al final la esencia del hombre no es el pensamiento, sino Dios. Un caso más de dualismo identitario en cuanto que esencialista.

4.

Y ya tenemos a Descartes: “*yo pienso, luego yo existo*”, origen de la egología occidental extrema. Mas ¿qué significa *pensar* para el Descartes padre del pensamiento moderno? Según Descartes, *mi propio yo* se da a sí mismo la existencia cognitiva cuando piensa matemáticamente, e incluso cuando (diría Espinoza) demuestra geoméricamente la corrección del orden de sus afectos y sentimientos con la exactitud de una *ética demostrada geoméricamente*. *Pensar* significa entre los racionalistas pensar matemáticamente, y por lo tanto, en esa medida, no equivocarse. Si pienso “orino luego existo” haciendo de la micción el fundamento de toda sabiduría, la cosa va mal porque al orinar utilizo pudendas partes corporales indecibles; pero, si *pienso, luego existo*, la cosa va mejor porque dos más dos son cuatro, ante lo cual al disidente epistemológico sólo le quedan dos salidas: cursar de nuevo la primaria, o ser recluido en un manicomio. Por el contrario, si reduces tu cuerpo a cualidades matemáticas como extensión, figura y movimiento, sabrás mucho más de ti que si tan sólo sabes que tu uretra funciona. Si quieres saberte a ti, así que ¡atención!

No vayas antes de tiempo al urólogo, preferiblemente cursa primero una licenciatura en saberes exactos, te irá mejor.

5.

Ahora bien, ¿aparece el *tú* por alguna parte en esta metodología racionalista? De entrada, lo que aparece tan sólo es un *yo* inflado de *yo*, mientras el mundo y las personas que lo habitan son convidados de piedra. Un *yo*, el mío, *sin cuerpo ni sentimientos*, tal sería la imagen de la antropología racionalista. Descartes se limita a desplegar con su cola de pavo real de buen francés el mero *yo soy yo*, aquí solo mis chicharrones truenan. El *tú* resulta para ese *yo* un *homúnculo de hombre*, según lo expresara con tristeza militante Viktor Frankl. En este parto de los montes en que el *yo* se descubre a sí mismo indiferente al *tú* (*yo-mi-me-conmigo*), éste no nos dice *tú luego yo*, sino *yo luego yo*, *tú retírate* para que *yo* contemple mi propia hermosura, otra vez la mitología griega, esta vez en la figura de *Narciso sin Eco*. El *yo*, vanidad de vanidades, es mi poder, *yo soy el único y su propiedad*. Si el *ídolo* sólo se busca y se muestra a sí mismo, el *ícono* se muestra a sí mismo transparentando al mismo tiempo a los demás.

¿*Por qué sé yo que existo yo?* Porque pienso bien, o lo que es lo mismo, porque soy capaz de argumentar en la forma hipotética deductiva que la rigurosa ciencia matemática lo hace a partir de discursos argumentativos sin conexión directa con la realidad de los hechos. Pero entonces ¿qué significan los sentimientos en la formulación de Descartes? Nada significan, al contrario, pues según el filósofo francés los sentidos me engañan, la memoria me engaña, mi imaginación me engaña, y hasta Dios podría engañarme, todo me engaña excepto cuando puedo demostrar que sé que dos y dos son cuatro, afirmación impecable, impoluta y protegida de toda perturbación cognoscitiva al menos en el espacio euclídeo. Pero ¿dónde quedó la persona en su íntegra totalidad de carne y hueso, como dijera don Miguel de Unamuno? Si ustedes desean entristecerse, léanse el *Tratado de las pasiones* de Descartes, donde diseña el *hombre máquina* impassible que piensa y actúa *comme une machine*: saludemos al ingeniero burgués que sólo se preocupa de su ego bien remunerado cuando construye *ingenios* o fábricas.

6.

Hay otra ganancia para el cartesiano, a saber, el logro de la soledad inmutada pues si *yo pienso, luego yo existo*, auténtico atracón egocéntrico, el *tú* no aparece por parte alguna, estamos poniendo las bases para una civilización que excluye al *tú* personal, el cual queda afuera. Ahora bien, ¿qué pasa cuando tu *tú* se convierte para ti en un *él*? Que para ti deviene un *uno* indefinido, un cualquiera. Pero aún pasa más: cuando te he centrifugado

de mi vida convirtiéndote en un *él* sin rostro, tengo más fácil volverte a degradar convirtiéndote en un *ello* a mi servicio, en un objeto, en una cosa. Esta es la *tristeza de los pronombres* que denunciaba el poeta Pedro Salinas en *La voz a ti debida*.

7.

El “yo pienso, luego yo existo” es una forma verbal activa, ahí tienes mi musculatura conceptual gracias a la cual cuando yo pienso se hace el mundo (*dum homo calculat fit mundus*). Otro tanto ocurriría si yo dijese “yo amo, luego yo existo”, fijate que bueno soy, de mí sale todo el amor, oh que amoroso soy, no le debo nada a nadie, yo el *self made man*. Nada que ver, por tanto, con el *soy amado, luego existo*, en voz pasiva: yo soy amado porque alguien me amó antes y, de no haber sido amado antes por otra persona de forma generosa, gratuita y antecedente, yo no podría ser quien soy ni tampoco transfundir ese amor a nadie. Como dijera San Pablo, “se descubre la verdad en el amor”, y otro tanto San Agustín: “no se entra a la verdad, sino por el camino del amor”. *Soy amado, luego existo*⁵⁹. No creo que pueda haber compasión sin acción, sin hacer nada por el compadecido.

8.

Por último, aplicando las matemáticas a la ingeniería ganarás tu dinerito en tu *mundo burgués*, que al final es de lo que se trata. Al final también el cristiano empieza a bendecir las casas, los coches, las propiedades, con agua bendita, y de esta guisa y en este guiso está empezando a olvidarse del prójimo, aquel cuyo sufrimiento me hace sufrir y me lleva a compartir, porque la riqueza no compartida es una fábrica de individualistas.

9.

Realmente, y a pesar de cuanto se nos ha venido enseñando escolarmente, los pronombres personales son dos, *yo, tú*, los cuales sólo funcionan nexalmente, es decir, como *yo y tú*, y también como *tú y yo*. No son tres, *yo, tú, él*, pues *él* es un impersonal y no un *pro-nominal*. La tristeza de los pronombres se produce cuando no nos enseñan a querer más que a los nuestros. Pero el corazón de don Quijote se ha *ensanchado* en el corazón de Sancho Panza, su amor le ha hecho quijotesco, cósmico. El amor es de carácter universal, *posconvencional*, abarca toda la humanidad. Una verdad que no sirve para todos es una falsedad, al violar a un niño pequeño se viola toda la humanidad. En todo caso identidad no es

⁵⁹ Cfr. Díaz, C: *Soy amado, luego existo*. Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000 (4 volúmenes).

uniformidad, siempre demasiado onanista, sino identidad en pluralidad relacional, tensión propositiva.

10.

Hoy se publicita el *pensiero debole*, el *pensamiento débil*, triste, inasertivo, dudoso, descomprometido, pero no sin una doble paradoja, pues por una parte publicitan fuertemente el pensamiento débil, y por otra demuestran de este modo que son débiles de pensamiento. Según dicho pensamiento débil habría que carece de fundamentos sólidos, dado el supuesto relativismo de la vida que ellos defienden, pero de este modo se produce otra nueva contradicción performativa: el *sinfundamentalismo* que postulan aquellos que acusan a los demás de fundamentalistas es un hiperfundamentalismo. Por lo demás, en fin, si tener convicciones es tan malo, sin convicciones no hay posibilidad de refutar ninguna otra convicción: no existe la menor posibilidad razonable de acusar de fundamentalismos a quien carece de fundamentos. En realidad, lo que molesta a los enemigos de los límites es extravagante, pura extravagancia. Así que, por el placer de apurar nuestra posible crueldad dialéctica, concluimos que aquello que constituye a la gente en fundamentalista es no tener fundamento, algo que siempre le ocurre al extravagante. En resumen, vagar fuera es tan sólo extravagante.

11.

Hasta aquí el estrecho y frígido *pienso luego existo* racionalista, al cual contraponemos el *soy amado, luego existo*, cuyo último porqué o fundamento es este otro: *tú me dueles, luego eres importante para mí*. Veámoslo dando un poco marcha atrás, sólo un poco.

En el *soy amado*, hemos venido diciendo, aparecían por lo menos dos personas, lo cual significa que pensar es relacionarse dialógicamente, que el pensamiento no es unidireccional, sino de ida y vuelta, casi siempre de forma disimétrica. Precisamente, añadimos ahora, *soy amado* significa *soy co(m)padecido en mi sufrimiento por el tuyo en ti*. La perspectiva del *tú* y *yo* dice: yo no soy yo, y tú no eres tú sino cuando los dos nos damos la mano terapéuticamente en nuestro *ahora*. Nuestro *ahora* (*maintenant*) es *tu mano* (*main*) sosteniendo (*ténant*) *mi mano*. Yo soy ahora tu mano sosteniéndome, tú eres ahora mi mano sosteniéndote. El yo entre ambos, el nosotros entrambado.

Llegados aquí convendría recordar que *terapia* viene de *therapeuo*, con su ámbito tridimensional: a) *horizontalmente*, el cuidado que deberían dispensarse los dioses y los héroes del Olimpo entre sí para no arruinar su casa u *oikós* ecológico, a pesar de sus discordias permanentes; b) *descendentemente*, el que les era debido a los dioses respecto de los hombres si éstos se hacían respetuosos merecedores del mismo

ofreciéndoles sus primicias, recuérdese que, cuando ya los hombres no quisieron ofrecer sus mejores diezmos a Zeus, éste les “desempoderó” partiéndoles por la mitad, degradándoles de este modo a sobrevivir superyoicamente hasta su liberación o resurrección antropológica, de lo cual son paradigmas Prometeo y Sísifo, que entre otros muchos se rebelaron contra los dioses y vivieron como resultado de ello en la impotencia y en el descuido; c) *caritativamente*, es decir, en la hospitalidad de los médicos con los enfermos en los primeros hospitales griegos que ulteriormente habrían de convertirse en escuelas de filosofía y teología⁶⁰.

Por otra parte, la fórmula *soy cuidado por ti luego existo gracias a ti*, vale decir, *soy amado por ti luego existo por tu amor*, abandonada la voz activa de Descartes, adopta la voz pasiva para significar que siempre hay otro que se nos adelanta en el cuidado. Aquí la pasividad del uno (del que dice “soy cuidado”) sólo cabe gracias a la actividad de otro que le cuida, algo desconocido totalmente por el solipsismo o solitarismo cartesiano. Sin embargo, la formulación *soy amado por ti* proclama la gracia, la gratuidad de saberme gratuita e incondicionalmente amado por ti antes incluso de que yo te amara (por ende, tú te adelantas), o después de que yo te amara (entonces yo me adelanto), o al mismo tiempo (entonces los dos nos adelantamos). Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte, no hay mayor desgracia que no ser amado, ni mayor gracia que poder amar y bajo ese signo morir.

He repetido cientos de veces ante auditorios muy diferentes de muchos países esto mismo, e incluso lo he escrito en muchos libros, pero cada vez que así lo hago me emociono, se me hirsuta el cabello en la medida en que aquello que, desde la lógica de la simple amistad útil parecería imposible, aquí constituye la piedra angular: *la gratuidad del soy amado sin motivo ni razón, te duelo porque me amas*.

⁶⁰ Hace 2.400 años los honorables Hipócrates, Andrómaco, Dioscórides o Galeno, *terapeutas* que observaban humores, flujos y disposiciones viscerales con una visión holística (*mundo-hombre-trascendencia*), crearon una medicina con la que otros elaboraban medicamentos (*pastophoros, levites y migmatopodes*), otros recogían y estudiaban las plantas más simples (*herbarii, rhizotomoi*), otros fabricaban productos (*techne iatriké*), otros eran quiroprácticos diestros en la obra de la mano (*kheirourgoi*), otros esteticistas (*balneatores, barbitonsores*), otros médicos de urgencia con sus *Blitzdiagnosen* o diagnósticos relámpago para dolores agudos. Y con todo eso se fueron elaborando teorías para todos los gustos en el mundo romano, por ejemplo: *sola natura sanat solus tempus*, lo que sana no es la botica ni la rebotica, sino la propia capacidad de recuperación del cuerpo con la ayuda del bálsamo del tiempo, principio hipocrático tan optimista respecto de las posibilidades de la naturaleza como pesimista respecto de la capacidad de los fármacos; *quod pharmacum non sanat, ferrum sanat* (no hay más medicina que la *kirourgía*, agresión radical contra el agresor mal radical); *quod neque natura neque ferrum sanant, homo sanat* (todo se cura cuando el alma se cura); *nihil sanat*, a mayor ingesta de fármacos mayor indigestión, más hombre inodoro e insípido en lugar de menos *homo indolorus*.

Pensar cualquier cosa es fácil para cualquiera, ahora mismo podemos representarnos mentalmente una ballena tan grande como el monte Everest, la imaginación es la loca de la casa. También en la relación *yo-tú* puede resultar muy interesante la comunicación meramente especulativa, pero un intercambio de pensamientos fríos no pasa de ser una relación de mercancía-sujeto a mercancía-objeto. Sin embargo, la *razón cálida* es una relación hermosa y fructiva de sentimientos de sujeto personal a sujeto personal en la que me siento existiendo en ti. Cuando dos corazones laten juntos como uno solo, según lo escribiera Horacio a un amigo en su dorada época, tú y yo somos *la misma* arpa tañida *ahora* por dos manos (*main tenant*). En ese arpegio existencial y no átono, como la lira de Becquer, ahora transformado en música celestial, el hombre empíreo se transfigura en hombre hiperbóreo. Aunque hablara todas las lenguas y supiera todos los saberes, si mi campana no retiñe es vana y vacía. No en vano la *vanidad* es la metáfora estética por excelencia: estar lleno de vacío.

12.

Dixit insipiens in corde suo: non est Deus. El insapiente no acepta que Dios sea un tú amoroso para él. El ateo, el que no acepta el amor de Dios, se siente humillado por su mirada, prefiere condenarse a sí mismo antes que ser salvado por otro, porque ser salvado por otro siente que le humilla; el ateo puro y duro no admitirá ser salvado por un Tú divino amoroso. Quien ve a Dios como un amo como o como un competidor, no tiene otro remedio que no amarle.

Yo solamente digo que a mí me encanta que la gente me ame y también me encanta amar a la gente. Así pues, que bueno sería para mí que existiera un *tú eterno* que desde siempre y para siempre me amase, porque, aunque yo fuera indigno, si él me amara desde siempre y para siempre, entonces yo viviría en su amor eternamente; pero, si no existiese ese tú eterno, sería la peor desgracia para mí; lejos de ser algo deseable, significaría para mí la aceptación de disolución eterna de mi yo, el premio al tú malo pero no castigado, y la inutilidad del amor. Qué triste sería que no hubiera ese amor que me ama de tal modo que mientras el vivo yo no moriré. Desde luego, no entiendo cómo ciertos anarquistas –de ahí mis discrepancias con ellos- se toman a Dios como el enemigo abatible. Yo les digo: si Dios es el que lucha contra la injusticia, si Dios es el Dios de los empobrecidos, están en tu misma línea; si tú, anarquista, te defines como un *dikaios*, como un hombre justo aunque te maten en la lucha por la justicia, podríamos permitirnos decir metafóricamente que Dios es anarquista, está en tu causa. Y además, si se me permite un estallido de subjetividad, es del mejor equipo del mundo, del Real Madrid, obviamente.

Del mundo que conozco solo un país es teófobo, cristófobo, e incluso clerófobo, y ese país es España, cuyo empeño prioritario viene consistiendo

en negar a Dios por tierra, mar, y aire. Ahora bien ¿a quién beneficia eso? A los ricos, a los injustos, porque cuando mueran nadie los va a poner en su lugar. La *teofobia* se produce como resultado de un no querer ser juzgado, olvidando que cada cual se juzga a sí mismo ante Dios. En ese clima cualquier cuestión religiosa queda desfigurada. A veces los periodistas me preguntan: “Si naufragaras, ¿qué libros te llevarías a la isla desierta?” Y yo les respondo haciendo cierto acopio de paciencia: “Bueno, si estoy naufragando antes de nada buscaré un asidero, un palo, un cofre al que aferrarme”. Pero la gente me percibe como *hombre-libro*, por aquello que dicen algunos: “hay libros que hablan como hombres y hombres que hablan como libros”. Y yo respondo: “Bueno yo de llevarme, me llevaría el Antiguo Testamento, que es pequeñito no pesa mucho, en fin no me jala para el fondo”. El periodista que lee es raro, lee poco y habla mucho contraviniendo aquello que decía el filósofo Heráclito: “La naturaleza nos ha dado dos oídos para que escuchemos por lo menos el doble de los que hablamos, pues sólo se nos ha dado una sola boca”. Por lo demás, según don Miguel de Unamuno *creer es crear*, pero creer en Dios no hace que Dios exista, es al revés, *crear hace posible creer*.

ÍNDICE

Malas hierbas para abrir boca

- I. La persona me da miedo. las personas no. A vueltas con los genes
- II. La persona me da miedo, las personas no (crítica de la razón posthumanista)
- III. La persona me da miedo, las personas no (crítica de la razón neurocientífica)
- IV. Las personas no me dan miedo. con las personas hay que tener compasión (crítica de la razón práctica)
- V. La persona me da miedo, el personalismo comunitario no